

Los pirineístas y Victor Hugo



José Luis Acín Fanlo

José Luis Acín Fanlo

(Piedrafita de Jaca, Huesca, 1963)

se ha destacado como especialista en temas etnológicos del Pirineo aragonés, así como en la historia del pírineísmo. Entre sus publicaciones cabe citar *Paisajes con memoria: viaje a los pueblos deshabitados del Alto Aragón* (1997) y *Tras las huellas de Lucien Briet* (2000), en las que combina textos con fotografías hechas por él mismo.

Los pirineístas y Victor Hugo

José Luis Acín Fanlo

© José Luis Acín Fanlo
© Diputación de Zaragoza

Traducción al aragonés:
Chabier Tomás Arias (Consello Asesor de l'Aragonés)

Traducción al francés:
Institut Français de Saragosse

Diseño y maquetación: Ernesto Sarasa de la Cruz
Concepto de portada sobre pintura de
Eugene Viollet-Le-Luc: *Vista del fondo del Valle de Azún.*

Impresión: Imprenta Provincial de Zaragoza

ISBN 84-9703-026-5
Depósito legal: Z-1673-02

ACÍN FANLO, José Luis

Los pirineístas y Victor Hugo / José Luis Acín Fanlo. -
Zaragoza : Diputación Provincial de Zaragoza, Cultura,
Turismo y Deporte : Institut Français Saragosse, 2002.

99 p. : il., fot. ; 21 x 21 cm.

Texto trilingüe: castellano, aragonés, francés

Bicentenario de Victor Hugo

ISBN 84-9703-026-5

1. Viajeros-S.XIX . 2. Pirineos-Descripción y viajes.
I. Diputación Provincial de Zaragoza, Area de Cultura, ed.

II. Título

910.4 (234 Pirineos)"18"

929 "18".910.4 (234 Pirineos)

El origen de este libro, *Los pirineístas y Victor Hugo*, está en la exposición llevada a cabo por la Diputación de Zaragoza y el Instituto Francés de Zaragoza con el título *Victor Hugo y las grandes causas / Victor Hugo et les grandes causes*, con la que se conmemoraba el bicentenario de este autor francés. En la exposición se hacía un repaso del compromiso de Hugo con causas como la abolición de la pena de muerte, la lucha contra la pobreza o los derechos de la infancia, a la vez que se trataba sobre su paso por el Pirineo. Pensamos también que era oportuna una publicación, un opúsculo que tratase específicamente sobre el vínculo de Hugo con el Pirineo y con el territorio aragonés y, más concretamente, con el movimiento de los pirineístas. José Luis Acín, conocido experto en asuntos de etnología pirenaica y pirineísmo aceptó hacerse cargo de este proyecto.

A la hora de intentar definir el pirineísmo, Acín parte de la descripción de pirineísta que propone Henri Beraldi, según la cual es condición el saber aunar la capacidad de ascender a las cumbres, sentir y hacerse cargo del entorno, y escribir y divulgar luego aquello a lo que se ha tenido acceso. La corriente pirineísta, impulsada por Ramond de Carbonnières y continuada a lo largo del siglo diecinueve por hombres como Vicente de Heredia, Platon de Tchihatcheff, Albert de Franqueville, Alfred Tonnellé, Henry Russell, Franz Schrader, los hermanos Passet o el fotógrafo Lucien Briet, se vio reforzada por la pluma de Victor Hugo, no sólo como escritor, sino también como excelente y preciso ilustrador. Esta faceta de dibujante queda reflejada en algunas de las láminas de esta obra que presentamos.

Los pirineístas y Victor Hugo quiere contribuir a la divulgación y al conocimiento del pirineísmo y, en particular, del caso de Victor Hugo, un autor que mantenía vínculos con Zaragoza y cuyo espíritu romántico y progresista le llevó a pronunciar máximas como la conocida: "En Aragón, el pueblo español ha instituido al hombre llamado Justicia, superior al hombre llamado Rey". Dado el carácter fronterizo y multicultural del territorio que tratamos, el texto se acompaña de su traducción al aragonés y al francés.

Miguel Ángel Gargallo Lozano
Diputado delegado de la Comisión de Cultura
de la Diputación de Zaragoza

I • Viajeros por los Pirineos: los pirineístas

En 1898 se acuñaba por vez primera la palabra pirineísmo. La escribía uno de los más destacados conocedores y compiladores del Pirineo y de su conquista y difusión: Henri Beraldi en su magna obra en siete volúmenes titulada *Cent ans aux Pyrénées*. Allí, en las primeras páginas, la citaba con el fin de definir las tres características o cualidades de todo aquel que deba ser considerado como pirineísta. A saber: ascender, sentir, escribir o, lo que es lo mismo en sus propias palabras, “L’ideal du pyrénéista est de savoir à la fois ascensionner, écrire, et sentir”. Es decir, tener la resistencia para llegar a las puntas deseadas sea cual sea su altitud, poseer las virtudes para percibir múltiples y maravillosas sensaciones, y estar pertrechado de la habilidad para transmitir las del modo que sea –por escrito, en opinión de Beraldi, si bien habría que añadir los soportes gráficos– para conocimiento y disfrute de todo degustador de estas montañas y de sus variadas manifestaciones, bien sean éstas naturales o humanas.

De este modo surgen las denominaciones de pirineísmo y pirineísta. Y lo hacen superando la concepción existente de conquista de una montaña en sus más diversas dificultades, aunando lo natural con lo humano o cultural como una nueva forma de entender la montaña, de entroncar la cultura de los montañeses con su medio natural circundante formando un todo indisoluble, una unidad. Es, por tanto, una concepción eminentemente cultural, por encima de la concepción exclusivamente deportiva que persigue con esta práctica la conquista de los más altos picos o vencer las más duras difi-

cultades que se pueden dar en el medio montañoso. Pesquisas de todo tipo, pero especialmente relacionadas con el medio natural –glaciarismo, concavidades, surgencias y nacimientos de ríos, formación de los valles– y, en menor medida, relativas al hombre –descripción de pueblos, costumbres, paisanajes–. En definitiva, esta práctica es para algunos, como apuntó y definió el también pirineísta Louis Le Bondidier en 1925 con ocasión de la necrológica de Franz Schrader, “...une fin. Por d’autres, elle n’est qu’un moyen” (1). Entre los primeros se encontrarían Tchihatcheff, Tonnellé, Russell o Brulle, para quienes la montaña es sobre todo “une sensation”; entre los segundos figuran Ramond o Schrader, buscadores de la dominante científica, quienes apuntan que, además de una sensación, “la montagne peut fournir un document” (2). Finalmente, como sigue comentado Beraldi, existe también un pirineísmo que ansiaba coleccionar, recopilar y conservar especies botánicas o animales.

Investigaciones y conocimientos directos no sólo de los grandes picos, sino también de las alturas intermedias o de las más bajas –donde no faltan las zonas de valle, tanto en lo natural como en lo humano–, llevadas a cabo según los conceptos ya citados y en las ramas señaladas, entre las que no faltan las incursiones históricas y artísticas, así como las cartográficas. Anhelos por descubrir y conquistar la montaña pirenaica a partir de fines del XVIII y durante todo el XIX, que desde los comienzos del XX, fundamentalmente a partir de 1918, se trocaron hacia el concepto deportivo, de escalar las cimas pirenaicas. Son los instantes del nacimiento de los grupos de alta montaña, como la Societé Ramond o el Club Alpino Francés.

Fines del pirineísmo que en estos postreros años, a partir del último cuarto del siglo XX principalmente, vuelven sus puntos de mira hacia el espíritu y el fin que dio origen a este movimiento, retomando su orientación más científica, investigadora o cultural, bien sea del entorno natural o bien relativa a cualquier faceta ideada o desarrollada por el hombre en dicho medio montano. Ello se aprecia en los numerosos estudios que a partir de ese instante se suceden, entre los que cobran especial relevancia todos los relacionados con las manifestaciones humanas, con la cultura tradicional que poco a poco iba a irse transformando cuando no desapareciendo, como en menor medida empezaba a suceder con otros asuntos entroncados con lo natural.

Así entendido, y pese a su primera cita a finales del XIX según denominación dada por su mentor, el término se podría retrotraer prácticamente cien años. En concreto a la vida y a las hazañas de Louis-François-Elisabeth Ramond de Carbonnières, considerado padre de dicho movimiento

(1) “...un fin. Para otros, tan sólo es un medio”. (2) “la montaña puede aportar un documento”.

o forma de entender la montaña pirenaica, que llevó a cabo sus incursiones y visiones movido por sus inquietudes científicas, propias de alguien que ha asumido en su totalidad el Siglo de las Luces, y por sus posicionamientos estrechamente vinculados con los postulados románticos. Aspectos que van a convivir y a aparecer en los siguientes pirineístas que durante todo el XIX e, incluso, los primeros instantes del XX se adentraron por esta cadena única y virgen, aún –al igual que en la actualidad– por descubrir.

Denominación, por tanto, cuyo origen se asocia a dicho personaje y a sus varias conquistas, en especial la protagonizada el 10 de agosto de 1802, cuando llega por vez primera a la cumbre del Monte Perdido, que –por otra parte– ya habían alcanzado antes otros, entre los que merecen citarse sus guías Laurens, Rondó y –se dice– un pastor belsetán. De esa primera vez que llega a la cumbre del Monte Perdido, de ese Mont-Perdu en denominación dada por el propio Carbonnières por no vislumbrarlo desde la vertiente norte y hacia el que sentía atracción por considerarlo la cumbre más alta de los Pirineos, confeccionará las páginas más destacables de toda su producción, en especial sus *Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées*. Primera vez que se pisaba su cima de la que se tiene constancia escrita, de la que este año se celebra su segundo centenario, y que –por su importancia y por las peculiaridades de su hacedor– ha dado lugar a que con dicho momento y con dicha figura arrancara el apelativo de pirineísmo o de pirineísta. Destacada figura del pirineísmo, hasta tal punto que de su nombre deriva la denominación de un endemismo del Pirineo, la flor denominada *Ramonda myconi*, una flor muy parecida a las violetas que en el Pirineo también es conocida con el nombre de “oreja de oso”.

Pirineístas es una expresión dada a los que, bajo las citadas premisas, se introducen desde esa fecha por la cadena del Pirineo, como también se da la denominación del *alpinista* o *alpinismo* a todo aquel que se introduce por las más altas montañas, que tiene su origen a raíz de coronar y hollar la cima del Mont Blanc en los Alpes.

No obstante, las primeras incursiones por este espacio se pueden rastrear desde aquel instante en que el hombre se asentó y empezó a transitar estas montañas, momento en que se comenzó a pisar y a conocer sus caminos y sus más recónditos enclaves. Pero hubo que esperar hasta finales del siglo XVIII –si bien existen menciones y descripciones de tiempos atrás realizadas por diversos viajeros– para empezar a hablar de la conquista y descubrimiento del Pirineo.

En esa conquista participaron en todo momento los propios habitantes de esta cadena, por los naturales o –también llamados– montañeses que habitaban los pequeños núcleos desparramados por las más verticales y prácticamente inhabitables montañas. Elevaciones desconocidas hasta que no se puso en boga su paulatino descubrimiento en la citada centuria, llevado a cabo –sobre todo– por viajeros y aventureros extranjeros, entre los que destaca algún español que, por diversas causas –fundamentalmente de trabajo– se introducía por estos enclaves. Tal era la situación, la escasez de personas que –fueran de donde fueren, en especial de la vertiente sur– se aventuraban por esta maravillosa formación montañosa, hasta tal punto que Lucien Briet no dudaba en afirmar que “Ciertamente el *pirineísmo* no está de moda para los españoles, pero ya lo estará y veremos en lo futuro que, pueblos como Torla y Bielsa se convierten y transforman en lugares de veraneo por la afluencia de excursionistas”. Premonición que, con el transcurrir del tiempo, se ha hecho realidad, llegando al extremo que –sobre todo aquellos emplazamientos mejor comunicados– han visto cómo se han transformado radicalmente su fisonomía y los modos de vida diaria de sus moradores.

Pero hasta llegar a esta situación, larga y difícil ha sido la historia de su descubrimiento, de su divulgación y popularización. Esa secuencia que se puede iniciar, o rastrear, en cualquier instante del devenir del hombre, pues su propio asentamiento ha conllevado un conocimiento directo del terreno por parte del mismo, de aquellos que vivían en un punto determinado de los Pirineos. A ellos se pueden añadir referencias históricas de todo momento, ya sean de la Edad Media o de la consiguiente Moderna, como la –ampliamente conocida y divulgada– que relata entre la realidad y la leyenda la primera ascensión al Canigó, la que en 1285 protagonizara Pedro III el Grande, según la crónica de Salimbene.

Esporádicas noticias como la de un tal De Candalee, por la que se cree que dicho personaje subió o se aproximó al Midi d'Ossau en 1582. O como las habidas a lo largo del siglo XVII, aportadas por hombres de ciencia, de geología y botánica principalmente. Así, en 1685 Joseph Pitton Tournefort menciona la cascada del circo de Gavarnie y las aguas de esa zona francesa. Años en que el Duque de Maine también cita, y además las toma, las aguas de Barèges. Como son, asimismo, los momentos en que se inician los proyectos cartográficos, como el del ingeniero Thierry en 1687-1688, cuando toma los datos y describe el Puerto de Benasque; o la obra de La Blottiere y Roussel publicada en 1719 sobre los collados, puertos y zonas de paso del Pirineo; o, finalmente y a mediados del siglo XVIII, el mapa de Cassini de Thurg.

De 1785 data la primera referencia perfectamente documentada, momento en el que Vicente de Heredia da comienzo a su trabajo de campo con el fin de establecer las altitudes de los picos y demás peculiaridades del territorio pirenaico por su vertiente sur, llegando a la cima de Argualas y Peña Montañesa en 1790, y a las inmediaciones de Monte Perdido en 1791. Labores que realizaba en perfecta coordinación con el francés, aunque de origen alemán, Reinhard Junker hasta 1792 –incluso algunos autores piensan que en este año Heredia conquista Monte Perdido, unos años antes que Ramond–, el último centrado en la cara norte del macizo montañoso.

A los anteriores les siguen una larga pléyade de nombres, de personajes con más o menos fortuna, con mayor o menor relevancia en esta conquista pirenaica que empezó con la clara finalidad de ir avanzando en su conocimiento y que, con el paso del tiempo, ha ido conjugando esta forma de entenderlo con la práctica de determinados deportes y con el esparcimiento. Así, a esas dos primeras referencias, hay que añadir la de Henry Reboul y su ascensión al Anie en 1786 o la llegada a las cimas del Midi d'Ossau en 1787 y del Vignemale en 1798 –ambas protagonizadas por pastores de la zona con fines cartográficos–, dando paso de este modo a una de las personas más destacadas y conocidas en esta materia, al mencionado Louis-François-Elisabeth Ramond de Carbonnières, considerado –como se ha visto– padre del pirineísmo y quien en 1802 llegaba –se dice que por primera vez, si bien se sabe que previamente otros la coronaron, como lo hicieran unos días antes que Ramond de Carbonnières sus propios guías Rondó y Laurens, acompañados por un aragonés– a la cima del Monte Perdido, siendo resultado de tales andanzas y de dicha ascensión su celebrado y ya citado libro *Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées*, así como los titulados *Observations faites dans les Pyrénées* y *Voyage au sommet du Mont-Perdu*. Andanzas de Ramond que ya se conocen a partir de 1787, cuando se sabe de su paso por la Brecha de Roldán, Midi de Bigorre, Hospital de Benasque o la visión y descripción de La Maladeta.

Larga lista que continúa con Frederic Parrot en la Maladeta –1817–, el geodesta Henry Reboul estableciendo la cota más alta del Pirineo –el Aneto–, el Duque de Barry en la Brecha de Roldán en 1828, Vincent de Chausenque –autor de *Les Pyrénées et voyages pédestres dans toutes les régions de ces montagnes*, 1843–, Platon de Tchihatcheff y Albert de Franqueville con sus guías en el Aneto –1842–, Alfred Tonnellé en torno a los años cincuenta del siglo XIX por distintos puntos del Pirineo –en especial por los Montes Malditos y el Aneto, dejando constancia de sus experiencias en *Lettres à una mère: voyage aux Pyrénées*, 1858–, Adolphe Joanne y su guía de los Pirineos en 1858, Charles Packe lle-

gando a la parte superior de La Munia –1864– y con su guía de los Pirineos del año 1862, Henry Russell y un pastor al Posets –1864–, el citado conde Russell –“el Aguila de los Pirineos” que en 1878 publicaba *Souvenirs d'un montagnard*– acompañado de otras personas ascendió –entre otras montañas– al Pico Añisclo o –como él bautizó– Soum de Ramond en 1877, el mismo año en que Edouard Wallon subía hasta Peña Telera y que hacía su aparición por esta cadena Albert Lequeutre; Franz Schrader –quien destaca por su cartografía, dibujos y acuarelas– y Henri Passet al Bachimala en 1878 –autor el primero de un reconocido mapa de Monte Perdido y de los cercanos enclaves de Ordesa, así como de la obra *Pyrénées*–, o Ramón Arabia en Monte Perdido en 1880, año que también conoció los inicios de las correrías del conde de Saint Saud, así como a Victor Hugo, autor de los libros de viaje *Alpes* y *Pirineos* –1890–.

Ultimos años del siglo XIX que conocieron la presencia de Eugène Viollet-le-Duc –*Voyage aux Pyrénées*–, Albert Tissandier o Célestin Passet –uno de los más renombrados guías de la saga, cinco, de los hermanos Passet–. Finales del XIX y principios del XX, cuando aparece en escena Henry Brulle –quien con Jean Bacillac iniciaba el pirineísmo deportivo en torno a 1879 con la ascensión al Vignemale por una de sus vías–, los hermanos Cadier, o el gran historiador y compilador del pirineísmo –y, por tanto, eminente pirineísta, aunque no alcanzara grandes cimas ni realizara renombradas hazañas montaÑeras– Henri Beraldi. Sin olvidar las incursiones del francés Lucien Briet entre 1890 y 1911, años en que recorrió la parte central del Pirineo aragonés en sus continuados viajes. Producto de los mismos son las casi 1.000 placas de cristal de dicho territorio, y la obra manuscrita *Superbes Pyrénées*, basada en las numerosas anotaciones tomadas sobre el terreno. Entre ambos, una selección de los textos y de las fotografías, publicó la Diputación Provincial de Huesca en 1913 la primera edición de su fundamental libro *Bellezas del Alto Aragón*, del que se han realizado dos ediciones más en 1977 y 1988.

Pero no todo fue obra de autores y viajeros franceses. También en tan abultada lista se encuentra el nombre de algún pirineísta de la vertiente sur, español. Así, además de los escasos ejemplos ya citados, hay que añadir en los primeros decenios del siglo XX a personas tan destacadas en este campo como Jacinto Verdaguier o al gran aventurero de la cara sur, a Juli Soler i Santaló, también conocido como “el Russell catalán” y que sobresale por sus numerosos viajes por toda la cordillera, obteniendo datos y fotografías con las que redactaría la guía de Arán o los varios y extensos artículos de los distintos valles aragoneses publicados en el *Bulletí* del Centre Excursionista de Catalunya.

A los anteriores se sumaría el guía José Sayó Pedrón (“Pepe el de Llausía”), que fuera guía –entre otros– del propio Soler y que desaparecería víctima de un rayo en el Paso de Mahoma, poco antes de llegar a la cima del Aneto; o su continuador Lluís Estasen, más centrado en el montañismo, sobre todo en el invernial.

Relación que no se puede cerrar sin citar a una serie de estudiosos o profesionales que se internan, recorren, estudian y publican sobre distintos temas del Pirineo. Autores no considerados a priori pirineístas por no haber alcanzado ninguna cima, pero que deberían serlo por poseer en buena medida –máxime si se tiene en cuenta los años en que se desplazaron por estas tierras– las características enunciadas por Beraldi, con los que se iniciaría esa vuelta hacia la ciencia y la investigación, tras el impás habido a inicios de esta centuria en que los hacedores del pirineísmo se volcaron más hacia lo deportivo y la escalada. Son los casos de antropólogos, lingüistas y fotógrafos tan eminentes e importantes como Ricardo Compairé –con un importante archivo fotográfico centrado en el Alto Aragón–, Ramón Violant i Simorra –autor, entre otros títulos, de la magna obra etnográfica *El Pirineo español: vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece* publicada en 1949– o de los hispanistas alemanes Fritz Krüger –también autor de otra obra de referencia, de los seis volúmenes sobre *Los Altos Pirineos*, que vieron la luz entre 1935 y 1939– y Rudolf Wilmes –centrado en *El Valle de Vió*, fruto de la investigación desarrollada en la década de los años treinta–, estos dos últimos con un enfoque etnolingüístico.

Principales pirineístas con sus primeros hitos, a los que se pueden añadir los nombres de dibujantes e ilustradores, esos que desde finales de ese siglo XVIII a la actualidad han dejado su impronta en expresivos y buscados dibujos, algunos de ellos ya citados por sus libros –Ramond de Carbonnières, Eugène Viollet-le-Duc y Franz Schrader–, y otros que destacaron únicamente en dicha faceta del dibujo, entre los que cabe mencionar a Antoine-Ignace Melling, Hyppolyte Taine, Jules Dupré, Eugène Isabey, Paul Huet, Charles-François Daubigny, Gustave Doré, el conde Roger de Bouillé, Charles Jovas, Hubert Damelin-court, Louis Byffin, Edmond Yarz, Bruno Schmeltz, Jocelyne Barbas, Aroldo Governatori, Jena-Pierre Bourquin, Claude Lagoutte o Hamish Fulton.

Rápida visión de los personajes y de las conquistas de todo tipo que se vivieron en la cadena pirenaica, que vivió y protagonizó la corriente pirineísta. Esa conquista cuyos hitos más destacados fueron, en lo tocante a hollar las cimas pirenaicas, la del Midi d'Ossau –desde los inicios de la Edad Moderna hasta la más conocida protagonizada por Junker, sin olvidar las que se han sucedido desde

entonces-, Monte Perdido –con Ramond de Carbonnières en primer lugar, pero sin dejarse a los autóctonos de la zona o a los que han continuado la estela del primero-, La Maladeta –con los casos más destacados de Russell y Ramond, sin olvidar las figuras y hazañas de Louis Cordier en 1802 y Frederic Parrot en 1817-, Vignemale –de nuevo con Russell, además de Vicent de Chausse en 1822 y Anne Lister en 1837–38– o el Aneto –sobresaliendo Henry Reboul en 1817, quien estableció la primacía del Aneto sobre el resto de montañas pirenaicas, así como la del entomólogo León Dufour en 1820 o la más interesante y conocida de Platón de Thihatcheff que, acompañado de Franqueville y otros guías, holló su cima y escribió el libro *Ascension au pic de Néthou: sommet culminant de la Maladeta en juillet de 1842*–.

Siglo XX marcado por los primeros instantes del pirineísmo, por las épocas más interesantes y fundamentales del mismo, conocidas bajo los nombres de heroica –o inicial– y clásica. Centuria, y final de dichas etapas, que vieron la aparición de dos hitos fundamentales para su historia y conocimiento. Por un lado, la esencial obra del antólogo e historiador de esos primeros cien años de pirineísmo, los siete volúmenes ya citados de Henri Beraldi aunados bajo el título de *Cent ans aux Pyrénées*. Volumen que comprende textos de Ramond y los primeros estudios e incursiones (volumen I); de Chausse, Franqueville, Thihatcheff, Lézat, Tonnellé (II); Russell, Pache, Lequeutre, Wallon, Schrader, Nansouty (III); Russell, Wallon, Lequeutre, Schrader, Brulle, Saint-Saud (IV); y distintos artículos sobre concretos enclaves cien años después de Ramond y del pirineísmo alpinista en los tomos V al VII.

Por otro, la creación en 1921 del Museo Pirenaico de Lourdes, el primero que abría las puertas en todo el ámbito de los Pirineos. Idea y obra de Louis Le Bondidier, quien asimismo fue su primer director-conservador, en sus muros se guardan y exponen las imágenes y los objetos de esos inicios del pirineísmo, además de contar con una sala de honor de este movimiento con las maquetas de los picos, la fecha de su conquista y la persona o personas que la protagonizaron, así como algunos de los objetos que estos pirineístas llevaban en sus aventuras montañosas. Fundamental es, finalmente, su archivo-biblioteca, con prácticamente todas las obras impresas de los pirineístas, con los cuadernos de campo y dibujos que ejecutaban en la realización de sus viajes o proyectos, o –entre otros fondos– con todo el archivo y materiales de Lucien Briet, rescatado por Le Bondidier al año siguiente de la muerte del pirineísta, viajero y fotógrafo francés.

II · *Victor Hugo: escritor, poeta, viajero*

Si por algo es conocido y ponderado Victor Hugo es por su vasta y destacada producción literaria, por sus libros de poesía y por sus novelas, alguna de éstas de celebrada fama y de gran difusión, además de estar considerado como el mejor representante de la poesía romántica francesa y una de las principales figuras de la literatura del siglo XIX. Notoria dedicación que ha solapado su otra gran pasión, esa a la que anualmente dedicaba algunos días y que daría como resultado la creación de unas bellas, sugerentes y frescas páginas: viajar.

Nacido en Besançon en 1802, Victor Hugo pronto comenzó a desarrollar su espíritu viajero, si bien en un principio debido a causas ajenas y forzosas, ya que su familia se vio en la obligación de realizar continuos desplazamientos como consecuencia de las distintas campañas napoleónicas. Itinerancias que le llevaron primero a Italia, entre 1802 y 1809, y luego a España de 1811 a 1812. Estancia en Madrid acompañando a su padre, quien tenía el cargo de general, en la que escuchaba nombres y situaciones que posteriormente aplicaría a sus obras, como se puede constatar en algunos personajes de sus creaciones *Ruy-Blas* o *Hernani*. Continuos trasiegos que lo transportaban a otros mundos, a esos que lleva el conocer nuevas tierras y nuevas gentes, que le hacían encontrarse –como comenta en el libro de los Pirineos– “feliz, había cruzado varias veces el olor de las enredaderas que me recuerdan mi infancia, pensaba en todos cuantos me aman, olvidaba a todos los que me odian, y miraba a esta oscuridad, por decirlo así, con la mirada perdida, dejando que se mezclaran en mi

ensueño las figuras vagas de la noche que pasaban confusamente ante mis ojos”.

De nuevo en París a partir de 1812, contempla las discrepancias habidas en esos años entre sus padres, siendo también el momento en que decide dedicarse por entero a la creación literaria. Nuevo interés con el que consigue, en 1817, una mención de la Academia francesa, obteniendo en 1819 el premio de los Juegos florales de Toulouse. No obstante, hay que esperar hasta 1822 para ver su primer libro de poemas, *Odas y poesías diversas*, tiempo –asimismo– en el que se casó con Adèle Fouchet. Tiempos difíciles económicamente hablando, en los que no disponía más que de la pensión –mil francos– concedida por Luis XVIII como recompensa a su decantación borbónica. Momentos que vieron la aparición de las novelas *Han de Islandia* –1823–, *Bug-Jargal* –1826– y *Los últimos días de un conde-nado* –1829–, y de los poemarios *Nuevas odas* –1823– y *Baladas* –1826–.

Son los años en los que a Hugo ya se le considera como uno de los personajes más relevantes del incipiente movimiento romántico, a la par que Carlos X le impone en 1825 la cinta roja de la legión de honor, si bien sus sentimientos hacia la causa legitimista se van perdiendo, como demostraba en la prohibida obra *Marion Delorme* –1831–, en *Cromwell* –1827– y en *Orientales* –1829–. Años y obras que lo sitúan como abanderado y principal figura de esa nueva corriente conocida como romanticismo, con claras tendencias medievalizantes y conservadoras en lo tocante a la política, si bien también son los tiempos de profundos cambios en su persona y en su vida, cuando se refleja esa postura que adopta de liberal y cuando deja de tildarse católico –no había sido bautizado y no había recibido ninguna educación religiosa–, y –además– cuando se hace patente la crisis matrimonial acentuada a partir de 1830 y que en 1833 desembocaría en la unión con Juliette Drouet, la cual duraría hasta la muerte de ésta en 1883, persona –a su vez– con la que realizaba sus viajes veraniegos desarrollados por lo general año tras año.

A partir de 1830 vive una temporada de éxitos, de una enfebrecida producción literaria, como demuestran –además de los ya mencionados– *Hernani* –1830–, *El rey se divierte* –1832–, *Lucrecia Borgia*, *María Tudor* –1833– y *Angelo* –1835–, en su faceta teatral; *Las hojas de otoño* –1831–, *Los cantos del crepúsculo* –1835–, *Las voces interiores* –1837– y *Los rayos y las sombras* –1840–, en lo tocante a la poesía, así como su afamada novela *Nuestra Señora de París* –1831–. Período de febril producción al que le sucede otro de ralentización, que vieron su evolución en materia política, de conservador tradicionalista en un principio a antiburgués entre 1828 y 1835, y a posiciones más moderadas a partir de dicho año, hasta tal punto que llega a relacionarse con la corte y obtiene el favor de la familia real,

nombrándole Luis Felipe par del reino en 1845, sin olvidar el cargo de académico en 1841. Años de escasa producción, centrado en conseguir todo lo que ambicionaba, en los que publicó las cartas *El Rin* –1842–, el drama *Los burgraves* –1843– y el inicio de su voluminosa novela titulada provisionalmente *Las miserias*, esos en los que vivió la desaparición de su hija mayor Léopoldine, fallecida en las aguas del Sena el 4 de septiembre. Noticia de la que se entera al final de su viaje por los Pirineos.

Suceso, este último, íntimamente relacionado con el cambio de forma de pensar, así como con la fuerte atracción que siente hacia todo lo imbricado con el pueblo, con su contacto y con su espíritu. De este modo, se posiciona con el movimiento popular de 1848, llegando a ser diputado en la Asamblea Constituyente en primer lugar y posteriormente en la Legislativa, además de crear en este mismo año el periódico *L'évènement*. Meses de incertidumbre y de grandes crisis personales e ideológicas, cuando deja el partido del Orden poco antes de la dictadura y se hace republicano precisamente cuando la república iba a menos, hasta tal punto que se opone decididamente al golpe de estado de Luis Napoleón y pasa a estar incluido en la lista de proscritos en enero de 1852, año en que produce *Napoleón el Pequeño*. Por ello tuvo que exiliarse, primeramente en Bruselas, después en Jersey y, tras su expulsión en 1855, en Guernesey. Rechaza en 1859 la amnistía que le ofrecían, y no vuelve a París hasta septiembre de 1870, una vez desaparecido el Imperio y poco antes de vivir el sitio ocasionado por los prusianos a la capital francesa. Sucesos y situaciones personales que le producen un cambio radical en su ser y que se dejan notar en su obra, siendo ésta más auténtica –en vez de retórica–, convirtiéndose asimismo en fiel reflejo de la realidad, en testimonio de aquello que sucedía a lo largo de esos años. Nuevo posicionamiento social y creativo visible en *Los castigos* –1853–, *Las contemplaciones* –1856–, *La leyenda de los siglos* –1859– y *Canciones de las calles y de los bosques* –1865–, en el terreno de la poesía, mientras que en el de la novela aparecería su celebrada *Los miserables* –1862–, sin olvidar *Los trabajadores del mar* –1866– y *El hombre que ríe* –1869–.

Tras su regreso definitivo a París, una vez dejada atrás su nueva estancia en Bélgica, es elegido diputado de la Asamblea Constituyente en 1871, si bien no aprobaba la Comuna por lo mal hecha que estaba “una cosa buena”, aunque sí defendió a los escapados de la misma, a los *communards*, que sufrieron una violenta represión como consecuencia de su derrota, lo cual le conlleva airadas críticas por parte de la prensa conservadora. Después de renunciar a dicho cargo de diputado y de perder en unas elecciones, aún es nombrado senador en 1876, sufriendo dos años más tarde –1878– una congestión cerebral que lo aleja de todo cargo público y de su pasión más celebrada: escribir. Últimos

años de vida prácticamente nulos en lo tocante a su producción literaria; no obstante, su creatividad había sido tan extensa entre 1852 y 1878, que cada año siguió dando a conocer sus libros, entre los que cabe citar los de poesía *El año terrible* –1872– y *El arte de ser abuelo* –1877–, así como *Historia de un crimen* –1877– y la segunda serie –1877– y la tercera –1883– de *La leyenda de los siglos*, *El Papa* –1878–, *La compasión suprema* –1879–, *Religiones y religión* –1880–, *Los cuatro vientos del espíritu* –1881– o *Torquemada* –1882–.

Poco después, en mayo de 1885, moría en París como consecuencia de una congestión pulmonar, siendo inhumado en el Panteón tras tributarle el Estado unos funerales nacionales, ceremonia de corte eminentemente laica por voluntad del propio Hugo, quien dejó clara su postura al rechazar “la plegaria de todas las Iglesias; pido una oración de todas las almas. Creo en Dios”.

Vasta producción literaria, publicándose incluso tras su muerte varias obras inéditas, como *El teatro en libertad*, *El fin de Satán* –1886–, *Cosas vistas* –1888–, *Los años funestos* –1898– o *La última gavilla* –1902–, así como sus memorias y textos más personales sin publicar, aparecidos entre 1951 y 1954: *Diario* –1830-1848–, *Recuerdos personales* –1848-1851– y *Carnets íntimos* –1870-1871–. Amplia y destacada obra, que se completa con la infinidad de dibujos que captó –conservados en los museos dedicados a Victor Hugo de París y Guernesey, además de los habidos en el Louvre–, y con algún relato de sus viajes, como es fiel reflejo el de *Los Pirineos*.

III · *La pasión por los viajes de Victor Hugo*

Corría el verano de 1843 cuando Victor Hugo emprendía un viaje con destino a los Pirineos, a esa cadena cuyas “cimas de las montañas son para nosotros especies de mundos desconocidos. Allí vegeta, florece y palpita una naturaleza refugiada que vive aparte. Allí se emparejan, en una especie de himeneo misterioso, lo arisco y lo maravilloso, lo salvaje y lo apacible. El hombre está lejos, la naturaleza está tranquila”. Palabras que lo dicen todo, su forma de pensar y la sensación que le produjo, que produce a toda persona sensible al medio natural, recogidas en las páginas de su obra pirenaica. Un viaje efectuado, como tantos otros, en compañía de su amante Juliette Drouet, bajo el pretexto aducido a su familia y a las personas de su entorno de necesitar una cura termal. Por esa razón, como medio de encubrir sus verdaderos propósitos y la presencia de su acompañante, por los sitios que pasó o en los que tenía que dar su nombre firmaba como “M. Go”.

Así, encamina los pasos hacia las entonces todavía agrestes y prácticamente desconocidas tierras pirenaicas, hacia esos lugares que en esos años de mediados del siglo XIX –y en una gran mayoría de casos llevados por las corrientes y postulados románticos– conocieron a un buen número de viajeros, de intrépidos aventureros que se adentraron por estos enclaves más o menos difíciles. Viajes realizados en unas condiciones, tanto para desplazarse como para hospedarse, muy distintas a las que desde hace unos años existen por esos mismos emplazamientos, como muy bien reflejan las páginas,

las bellas obras que todos estos caminantes y escritores han dejado, entre los que ocupa un lugar especial por la sabia unión que hizo de ambas condiciones Victor Hugo.

Viajeros, pirineístas, que –como se ha visto– dejaron su huella en múltiples rincones de esta cadena montañosa. Y no sólo recuerdos o la noticia de su paso por un lugar u otro, sino también unas inigualables páginas de sus vivencias, experiencias y visiones. Unos textos que van unidos a las posibilidades físicas que poseían y a las sensaciones que les imprimía la contemplación de los distintos paisajes, que posibilitan su inclusión en esa selecta lista de pirineístas, según la visión y acepción apuntada, como ya se ha comentado, por Beraldi.

En medio de tan extensa y seleccionada pléyade de viajeros y escritores del Pirineo se encuentra Victor Hugo, autor de unas líneas tomadas en el mismo momento de realizar el viaje. Y hace dicho trayecto, y escribe unas notas, pensando en un amigo que deja allá en tierras francesas, pensando en los posibles lectores que, con el transcurrir del tiempo, podrían leer esas bellas notas, esas impresiones y vivencias que poco a poco van dando cuerpo a lo que, con el tiempo, será un precioso libro. De este modo, nada más comenzar, hace una declaración de intenciones sobre lo que el lector –y su amigo– encontrará página a página: “Vos que jamás viajáis de otro modo que con el espíritu, yendo de libro en libro, de pensamiento en pensamiento, y nunca de país en país, vos, que pasáis todos los veranos a la sombra de los mismos árboles y todos los inviernos al amor de la misma lumbre, queréis, enseguida que abandono París, que os diga, yo, vagabundo, a vos, solitario, todo cuanto he hecho y todo cuanto he visto. Sea. Obedezco”. Y aún aduce más: “¿Queréis más? ¿Os hacen falta descripciones? ¿Queréis saber lo que son estas ciudades, en qué aspectos se me presentaron, qué cosecha de historia, de arte y poesía he recogido en el camino, todo lo que he visto, en una palabra? Sea. Obedezco de nuevo”. Una declaración de intenciones que va acompañada de un posicionamiento sobre cómo ver y sentir las distintas realidades que se presentan ante los ojos: “...me limito a soñar. Consagro mi espíritu a contemplar el mundo y a estudiar los misterios. Me paso la vida entre un signo de admiración y un signo de interrogación”. Unas ideas, unos pensamientos, unas declaraciones contenidas a lo largo de la obra que, en buena medida, se pueden suscribir por todo aquel que disfruta y siente la naturaleza y la sana –siempre que sea sana– intervención del hombre en cualquier parte del mundo, que sienta y disfrute de los paisajes naturales y humanizados de la cadena pirenaica.

Notas, impresiones de viaje, en ocasiones frases cortas portadoras de una idea, de una impresión, de una imagen, con las que poco a poco, línea a línea, va dejando constancia de todo cuanto ve,

sea lo que sea, natural o humano, o bien una fusión de ambos componentes –“La presencia del hombre se revela en las partes más desiertas de este bosque por grandes tiras de corteza sacadas del tronco de los pinos para dar salida a la resina”; “...se oía, sin ver nada ni distinguir nada, ese estruendo fino y agudo de las esquilas que se asemejaba a un hormiguelo armonioso”–. Pero, fundamentalmente, en las sugerentes, frescas y poéticas –de nuevo aparece el creador romántico– descripciones que hace en todo momento del entorno circundante, del medio natural, de esos enclaves que elevan el espíritu y reconfortan –pese al esfuerzo realizado– el cuerpo: “La naturaleza es magnífica; salvaje como la necesitan los soñadores”; “En la montaña el alma se eleva, el corazón se sana; el pensamiento participa de esta paz profunda”; “...para los espíritus soñadores, todas las partes de la naturaleza, incluso las más dispares a primera vista, están unidas entre sí por una infinidad de armonías secretas”; “el paisaje era de una alegría magnífica; el viento lo hacía vivir todo, el sol lo doraba todo”; “Uno ve volar a los buitres por encima de las landas, a las grullas por encima de las lagunas y a las gaviotas por encima del mar. Uno contempla cómo las tortugas y las serpientes se arrastran por las dunas. El espectro de una naturaleza sombría se os aparece. El ensueño penetra el espíritu. Paisajes desconocidos y fantásticos vacilan y reverberan ante vuestros ojos. Hombres apoyados en un largo bastón y subidos a zancos pasan en las brumas del horizonte sobre la cresta de las colinas como grandes arañas. Uno cree ver las pirámides enigmáticas de Mimizan levantarse en las ondulaciones de las dunas y se está atento como si se oyera el canto arisco y dulce de las campesinas de Parentis y se mira a lo lejos como si se viera andar descalzas en las olas a las bellas muchachas de Biscarosse peinadas como siempre vivas de mar”.

Incluso sensaciones ante la contemplación de la naturaleza más oníricas, más personales, dejándose llevar por los sentimientos e impresiones que le producía la visión de un determinado lugar o la suma de varios, como se constata en las numerosas citas relacionadas con el medio natural.

Naturaleza siempre presente en los ojos y en las vivencias de Hugo, a la que continuamente hace referencia en estas bellas anotaciones de viaje convertidas en profundo y deleitoso libro: “Existe en las relaciones del hombre con las bestias, con las flores, con los objetos de la creación, toda una gran moral todavía apenas vislumbrada, pero que acabará abriéndose paso y que será el corolario y el complemento de la moral humana”; “Pero también hay que civilizar al hombre desde el punto de vista de la naturaleza. Ahí todo está por hacer”; “Como en todo lo terrible que hace la naturaleza, hay rincones maravillosos, prados de hierba, riachuelos separados del torrente que murmuran a su lado con este gorjeo que deben de tener los aguiluchos en el nido del águila, hierbas llenas de flores y

perfumes, y mil lugares de descanso agradables para la vista y para el pensamiento. Sólo el hombre sigue triste”.

De este modo va describiendo todo lo que ante sus ojos curiosos se despliega, desde ese paisaje mixto, producto de la unión a lo largo del itinerario del mar y la montaña –“Las montañas y el mar hablan al mismo lado del espíritu”–, hasta las relaciones y sucesos históricos que ve o vive, tanto de las tierras y pueblos que visita como los que en el momento se están produciendo, como las guerras civiles y la presencia de los carlistas por distintas partes de España; ese trayecto veraniego realizado en “el mismo momento en que Espartero caía en España”, dejando constancia de la situación de este país en aquellos instantes, cuando imperaba cierta sensación de pobreza. Y, entre ambos, aparece toda una amplia variedad de aspectos que ver y describir, como todos aquellos relacionados con las actividades diarias que veía por los pueblos, con las manifestaciones tradicionales que poco a poco han ido desapareciendo a lo largo del siglo XX, como la realización de una colada en un lavadero, los rasgos físicos y las vestimentas que portan los personajes con los que se va tropezando o entablando conversación –“Un pañuelo rojo le ceñía la frente, a la usanza de los arrieros aragoneses y apretaba sobre sus sienes sus cabellos espesos y negros. Tenía la coronilla afeitada, una ancha muleta blanca que le cubría desde la barbilla hasta las rodillas, un calzón corto de terciopelo oliváceo, polainas de lana blanca con ojales negros, zapatos de cuerda y nada más en los pies”–, las diversas artesanías –tejares en las Landas: “Más allá de Roquefort, las Landas se alegran con tejares que se encuentran de vez en cuando; unos, abandonados y muy antiguos, se remontan a Luis XIII, como atestiga la clave maestra de sus arquivoltas; los otros, en pleno trabajo y en pleno rendimiento, humean por todas partes como un haz de leña verde sobre un gran fuego”– o actividades económicas –en especial, el pastoreo: “Toda clase de rebaños pacen en los brezales, manadas de ocas y piezas de cerdos conducidos por niños, rebaños de ovejas negras o rojizas conducidas por mujeres, rebaños de bueyes de grandes cuernos conducidos por hombres a caballo. A tal rebaño, tal pastor”–, o las relativas a la arquitectura popular visible en los diferentes puntos que pisa y visita, sin olvidar la curiosa descripción de una actividad caída ya en desuso pero fundamental otrora para la economía tradicional de la montaña, la de los contrabandistas, deambulando de aquí para allá, de un lado a otro de la cadena, y tapujados en la oscuridad de la noche –“...los migueletes y los contrabandistas españoles llegaban a Aragón por la brecha de Roldán y por el negro y horrible sendero de Gavarnie...”–.

Riqueza en las descripciones, frescura y viveza apreciable cuando se detiene ante rincones,

pueblos o escenas cotidianas ya olvidadas, que también se constata en las referencias existentes de los diferentes edificios histórico-artísticos que se despliegan por las poblaciones que transita, sobre todo en aquellos góticos –denostando los del barroco–, como la catedral de Bayona –“...es una iglesia bastante bella del siglo catorce de color yesca y completamente minada por el viento del mar. En ningún lugar he visto los cruceros describir en el interior de las ojivas unos ventanales más ricos y caprichosos”–, San Miguel de Burdeos –“Se siente que está decapitada y muerta. El viento y la luz pasan a través de sus largas ojivas sin ventanajes y sin bastidores, como a través de grandes osamentas. Ya no es un campanario, es el esqueleto de un campanario”–, la catedral de Pamplona –“...las ojivas de ventanajes flamígeros, las pináculos delicados, los contrafuertes robustos...”–, el castillo de Pau –“Me hago abrir de manera imperativa la gran torre. Admirable vista desde la azotea. Todos los Pirineos. Toda la ciudad. Tejados de pizarra”, esa ciudad que no duda en calificar de “alegre, bonita, limpia”– o, a modo de ejemplo, el castillo de Lourdes, de esa fortificación que hoy y desde 1921 alberga el primer museo pirenaico –“...nada más emocionante que las ruinas del hombre mezcladas con las ruinas de la naturaleza”–.

De este modo va desarrollando las distintas descripciones, van sucediéndose los paisajes vistos y vividos por Victor Hugo, en los que se condensan su decantación literaria con su vocación viajera. Itinerario llevado a cabo entre el 20 de julio y el 26 de agosto del mencionado año 1843, último día fechado en Cauterets, si bien aún se acercaría después hasta Gavarnie y Luz. Trayecto iniciado en Burdeos, que se continúa por Bayona, Biarritz –donde sólo temía “una cosa: que se ponga de moda. Ya vienen de Madrid, pronto vendrán de París”, vaticinando que entonces “este pueblo tan agreste, tan rústico y tan honesto todavía, será atacado por la mala ambición del dinero, *sacra fames*”, algo que con el transcurrir del tiempo ha sucedido en numerosos lugares–, San Sebastián –“Un promontorio a la derecha, un promontorio a la izquierda, dos golfos: un istmo en medio, una montaña en el mar; al pie de la montaña una ciudad. He aquí San Sebastián”–, Pasajes, Lezo, Pamplona, Pau –desde la que apreciar a lo largo de su paseo la belleza de los “Pirineos en el horizonte. Cimas quebradas, cortadas, retorcidas, torneadas, como toqueteadas por la mano formidable de un gigante”–, Cauterets, Gavarnie y Luz.

En estos dos últimos lugares y enclaves visitados se maravilla ante tanta belleza junta, donde la vista no para de sorprenderse ante las altivas y únicas formaciones, entre las que un “trueno en estas gargantas ya no es un trueno; es un pistoletazo, pero un pistoletazo monstruoso que estalla en las

nubes, cae en la cima más cercana y rebota de montaña en montaña con un ruido seco, siniestro y formidable”. Entorno en el que se extasía ante el Vignemale, “la más alta montaña francesa”, y en donde llega al paroxismo total al contemplar la inconmensurable formación del circo de Gavarnie con su aérea cascada despeñándose entre los retorcidos pliegues de las rocas, ese enclave al que dedica bellas y sublimes palabras, las cuales se pueden resumir en la definición que hace del lugar: “el *Colosseum* de la naturaleza”.

Viaje, desplazamiento, surcado de mil problemas, de mil dificultades por las comunicaciones habidas –“Las montañas producen dos tipos de caminos: los que culebrean a todo lo largo por el suelo como las víboras y los que serpentean ondulándose como las boas”–, por los medios de transporte –“Hay que ser un viajero curtido y tenaz para encontrarse a gusto en la imperial de la diligencia Dotézac, que va de Burdeos a Bayona”–, esos que en aquellos tiempos y por la duración de los desplazamientos hacían volar las recreaciones: “Porque el pensamiento tiene sus espejismos. Los viajes que no hace la diligencia Dotézac, los hace la imaginación”. Dificultades que también existían para encontrar los no muy numerosos cobijos y albergues que se podían localizar en el camino –“En las ciudades de España, hay muchas *ventas*, es decir muchas tabernas, algunas *posadas*, es decir algunos albergues, y muy pocas *fondas*, es decir muy pocos hoteles”–. Sin olvidar las menciones a la seguridad o inseguridad de los caminos y la descripción, curiosa en ocasiones, de los encargados de su vigilancia y protección: “Desde hace unos momentos un hombre armado con una escopeta corre al lado de la diligencia, vestido como un arrabalero de París; chaqueta grande y pantalón ancho de terciopelo de algodón de color cuero; cartuchera en la barriga; sombrero redondo embetunado como nuestros conductores de coches de punto, con esta inscripción: CAZADORES DE GUIPUZCOA. Es decir, un guardia civil”.

Itinerario para descubrir este singular y único espacio natural y humano, el cual parte en sus inicios con un deseo –“Lo he dicho en otro sitio, respetemos los edificios y los libros; sólo allí el pasado está vivo, en todas las demás partes está muerto”, ampliable también a todo lo referente al entorno natural–, y que se completa con una serie de dibujos tomados al natural que contienen diferentes notas. Dibujos, a veces simples rasgos, que son un fiel complemento a lo expuesto en el texto, constituyendo a veces un apoyo al mismo, en otras unas visiones y un apunte de datos no expuestos en las sucesivas anotaciones escritas. Ilustraciones captadas del natural que sirven para reflejar diversas arquitecturas, únicos paisajes, peculiares y afables personajes.

Todo ello dando como resultado un libro bello, ágil, fresco, romántico en muchos momentos, literario en otros muchos, fundamental para todo aquel que quiera conocer los Pirineos, que ame y disfrute las tierras pirenaicas. No en vano constituye una página más, muy destacada, de la historia de esta cadena montañosa, del devenir del pirineísmo y de sus hacedores, los pirineístas, entre los que Victor Hugo ocupa un lugar especial y relevante.

IV · *Las referencias aragonesas de Victor Hugo*

En el cómputo general de la obra, no son numerosas las referencias al Pirineo aragonés, o a cualquiera de sus aspectos, contenidas en la obra de Victor Hugo de su viaje por *Los Pirineos*. Y ello es debido a que el escritor francés lleva a cabo su itinerar, fundamentalmente, por los Pirineos occidentales, es decir, por las tierras montanas del País Vasco y Navarra. A esas demarcaciones dedica la gran mayoría de las páginas del libro, desde su entrada por Biarritz y Bayona hasta su finalización en la linde existente entre la última comunidad citada y la aragonesa, de donde pasa a comentar directamente las tierras, pueblos y gentes del lado francés.

Y no sería porque para llegar hasta la vertiente norte de la cadena, en el entorno del Macizo de Marboré, no pudiera transitar por los valles más occidentales del Pirineo central o aragonés. Así, podría haber deambulado por las inmediaciones de los valles de Ansó, Echo y del río Aragón, alcanzando de este modo el del río Gállego como punto final antes de traspasar la frontera por los pasos tradicionales, históricos, de Bujaruelo o de Ordesa, o bien por cualquiera de los existentes en cada uno de los valles –vías usuales de comunicación de un lado a otro de la cadena– ya citados en toda esa zona central de poniente aragonés. Si bien, por las ciudades y tierras de Francia por las que continúa la narración –Cauterets, Luz–, es más probable que lo hiciera por esos pasos del entorno del actual Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido y su área de influencia, es decir, por el Puerto de Bujaruelo –paso más habitual, más practicado y más practicable– o por la Brecha de Roldán.

Eso explicaría que desembocara en Gavarnie y contara las excelencias, las inigualables composiciones naturales que este rincón francés enclavado justo al otro lado de la vertiente sur o aragonesa ofrece a los ojos del espectador, del visitante, de los viajeros de todos los tiempos. Ese lugar al que dedica las más elogiosas palabras, los párrafos más bellos, justos y enaltecidos que jamás se hallan escrito de Gavarnie. Y, para comprobarlo, sirvan de ejemplo los siguientes extractos:

“Quizás hayáis visitado los Alpes o los Andes; tenéis desde hace unas semanas el Pirineo bajo vuestra mirada; sea lo que fuere lo que hayáis podido ver, lo que divisáis ahora no se parece a nada de lo que habéis encontrado en otra parte”.

(...)

Imaginaos esta silueta magnífica tal como aparece al principio a una distancia de tres leguas: una larga y oscura muralla, todas las protuberancias y todos los pliegues de la cual están marcados por las líneas de nieve y todas las plataformas de la cual contienen glaciares. Hacia el centro, dos grandes torres; una que está a levante, cuadrada y volviendo uno de sus ángulos hacia Francia; la otra, que está a poniente, como si no fuera tanto una torre como un haz de torrecillas; ambas cubiertas de nieve. A la derecha dos profundas cortaduras, las brechas que se recortan en la muralla como dos vasos que las nubes llenan. Por último, siempre a la derecha y en el extremo occidental, una especie de reborde enorme plegado en mil gradas, que ofrece a la vista, en proporciones monstruosas, lo que se llamaría en arquitectura la sección de un anfiteatro”.

(...)

“En medio de las curvas bruscas de las montañas erizadas de ángulos obtusos y ángulos agudos, aparecen bruscamente líneas rectas, simples, serenas, horizontales y verticales, paralelas o que se cortan en ángulos rectos y combinadas de tal modo que de su conjunto resulta la figura resplandeciente, real, penetrada de azul y de sol de un objeto imposible y extraordinario.

¿Es una montaña? Pero ¿qué montaña ha presentado jamás estas superficies rectilíneas, estos planos regulares, estos paralelismos rigurosos, estas simetrías extrañas, este aspecto geométrico?

¿Es una muralla? He aquí torres, en efecto, que la apuntalan y la apoyan, he aquí almenas, cornisas, arquitrabes, las hiladas y las piedras que la mirada distingue y casi podría contar; he aquí dos brechas cortadas a lo vivo que despiertan en el espíritu ideas de sitios, trincheras, asaltos; pero he aquí también nieves, anchas franjas de nieve colocadas sobre estas hiladas, sobre estas almenas, sobre estos arquitrabes y sobre estas torres. Estamos en pleno verano y a mediodía; son, pues, nieves

perpetuas. Ahora bien, ¿qué muralla, qué arquitectura humana se ha alzado jamás al nivel de las nieves perpetuas? Babel, el esfuerzo del género humano entero, se hundió sobre sí misma antes de haberlo alcanzado.

¿Qué es pues este objeto inexplicable que no puede ser una montaña y que tiene la altura de las montañas, que no puede ser una muralla y que tiene la forma de las murallas?”

Un paraje cuya contemplación produce las más notorias sensaciones, sorprende a los ojos in habituados a contemplar tanta belleza y tan inigualables formaciones juntas. Es, como dice el propio Hugo, “algo completo, (...), grandioso hasta lo inaudito, severo hasta lo sublime”. Tanta fue la maravilla que le produjo, que queda perfectamente de manifiesto en el resumen que hace del enclave: “Es una montaña y una muralla a la vez: es el edificio más misterioso del más misterioso de los arquitectos; es el *Colosseum* de la naturaleza: es Gavarnie”.

Pero como se ha comentado, para llegar a este único paraje que roza los territorios de la comunidad aragonesa, tuvo que pasar por varios y distintos lugares de la misma, pese a las escasas citas o comentarios existentes. En concreto, cuatro son las referencias o anotaciones vertidas sobre distintos aspectos visibles en aquellos años en el Pirineo aragonés. Dos de ellas son unas curiosas, expresivas y ahora citas documentales sobre los rasgos, fisonomía y vestimenta de los aragoneses que se pudo encontrar en ese medio montañoso del Pirineo. Párrafos que detallan a “uno de estos rostros curtidos y tostados que no tienen edad; podía tener treinta años, podía tener cincuenta. Por lo demás, bellos dientes, mirada viva y una sonrisa agradable, pues sonreía. Un pañuelo rojo le ceñía la frente, a la usanza de los arrieros aragoneses y apretaba sobre sus sienes sus cabellos espesos y negros. Tenía la coronilla afeitada, una ancha muleta blanca que le cubría desde la barbilla hasta las rodillas, un calzón corto de terciopelo oliváceo, polainas de lana blanca con ojales negros, zapatos de cuerda y nada más en los pies”.

Genérica y sucinta relación de un personaje de montaña de cualquier lado del Pirineo, que se completa con esa otra que habla de una “Mujer aragonesa. Rostro moreno. Cofia-toquilla de una blancura resplandeciente. Chaqueta de hombre de terciopelo verde-bronce de mangas apretadas. Faldón negro de tela, mil pliegues alrededor de la cintura. Medias azules recamadas”; o la más escueta sobre una de las prendas utilizadas en un concreto punto del Pirineo aragonés: “...un cinturón de montañés del puerto de Panticosa”.

La última comenta una de las actividades otrora habituales como medio de proveerse de aque-

llo de lo que carecían los pobladores de estas montañas, pero que necesitaban para su devenir cotidiano, como es la obtención de productos por medio del contrabando. Unas frases que encierran la dificultad, los riesgos y los peligros, así como los enclaves y ciudades que veían y traspasaban, a los que se enfrentaban y contemplaban aquellos practicantes de dicho trasiego de productos y enseres de primera necesidad para la sociedad y la forma de vida de aquellos momentos, de –hasta hace aproximadamente– medio siglo: “Cuando los migueletes y los contrabandistas españoles llegaban de Aragón por la brecha de Roldán y por el negro y horrible sendero de Gavarnie, divisaban de pronto en el extremo de la garganta oscura una gran claridad, como es la puerta de una bodega para los que están dentro. Se apresuraban y encontraban un gran burgo iluminado por el sol y vivo. A este burgo lo han llamado, pues, Luz”.

Pero, pese a su escasez y brevedad, las referencias aragonesas son destacables para seguir descubriendo nuevos datos, de gran valor documental, sobre el Pirineo aragonés. Unos párrafos, como el resto de la obra, escritos con el gusto, la pasión, las sensaciones y las vivencias, vertidos siguiendo los postulados románticos de la época y de los que se adentraron por estos pagos pirenaicos. No en vano, por todo ello y por entroncar perfectamente con la definición vertida por Henri Beraldi, Victor Hugo es figura relevante del pirineísmo, es uno de los pirineístas que han hollado y sentido las sorprendentes posibilidades y excelencias de una de las cadenas montañosas más llamativas y atrayentes del occidente europeo: el Pirineo.

Bibliografía

- ACIN FANLO, José Luis, *Tras las huellas de Lucien Briet: Bellezas del Alto Aragón*, Zaragoza, Prames, 2000.
- BERALDI, Henri, *Cent ans aux Pyrénées*, 7 vol., Paris, 1898–1904. Nueva edición realizada por Amis du Musée Pyrénéen, Pau, 1977.
- FELIU, Marcos, *La conquista del Pirineo*, Bilbao, Sua, 1999.
- HUGO, Victor, *Los Pirineos*, Barcelona, José J. de Olañeta, colección Terra incognita, 2000.
- HUGO, Victor, *Ouvres completes*, 15 vol., Paris, Robert Laffont, collection Bouquins, 1987.
- LAURIBE, Maurice; McDONALD, Andy y SORBE, Didier, *Autour du Mont-Perdu: Franz Schrader, 1874–1876*, Pau, Editions du Pin à Crochets, colección Club des 602, 1996.
- LE BONDIDIER, Marguerite y BALENCIE, Gaston, *Catalogue illustré du Musée Pyrénéen du Château-fort de Lourdes*, 2 vol., Zaragoza, Instituto de Estudios Pirenaicos, colección Etnología, 1953.
- RAMOND DE CARBONNIERES, Louis-François-Elisabeth, *Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées*, Genève, Slatkine, 1978.
- SAULE-SORBE, Hélène, *Pyrénées: voyage par les images*, Serres-Castet, Editions de Faucompret, 1993.
- SAULE-SORBE, Hélène (sous la direction d'), *Franz Schrader, 1844–1924: l'homme des paysages rares*, 2 vol., San Sebastián, Editions du Pin à Crochets, 1997.
- SAULE-SORBE, Hélène (sous la direction d'), *Pyrénées: voyages photographiques, de 1839 à nos jours*, Pau, Editions du Pin à Crochets, 1998.
- SCHRADER, Franz, *Etudes géographiques et excursions dans le massif du Mont-Perdu*, Pau, Editions du Pin à Crochets, colección Club des 602, edición facsímil de la de 1875, 1996.
- SCHRADER, F.; LEQUEUTRE, A. y BERALDI, H., *Autour du Mont-Perdu: trois récits*, Pau, Editions du Pin à Crochets, colección Club des 602, 1996.
- TELLO Y PARDO, José, *Los exploradores y el Alto Aragón*, Zaragoza, Tip. Ediciones Aragonesas, 1916.
- TERRANCLE, Philippe y otros, *150 ans de photographie aux Pyrénées*, hors-série n.º. 19 de *Pyrénées Magazine*, Toulouse, Milan Presse, 1998.

Os pirineístas e Victor Hugo

José Luis Acín Fanlo

Tradución: Chabier Tomás Arias (Consello Asesor de l'Aragonés)

I • *Biachers d'os Pirineus: os pirineístas*

Ye en 1898 que se fa serbir per primer bez a parola “pirineísmo”. La escribe un d'os més remarcables conoxedors e compiladors d'os Pirineus e d'a suya conquista e difusión: Henri Beraldi en a suya magna obra en siete bolúmens tetulata *Cent ans aux Pyrénées*. En as primeras planas zita ra parola con miras á definir as tres carauteristicas u cualidaz de tot aquel que eba d'estar considerato como pirineísta: aszender, sentir e escribir, o que el espresa asinas: “L'idéal pour le pyrénéiste, c'est de savoir à la fois grimper, écrire, et sentir”. Ye dizir, tener prou resistenzia ta alcanzar as tucas més alteras, poseyer as bertuz ta perzibir emozions multiples e marabillosas, e saper transmitir-las –millor per escrito, seguntes o parexer de Beraldi, o que permite adibir soportes graficos– ta conoximiento e desfrute d'os apasionatos d'a montaña baxo toz es suyos aspectos naturals e umanos.

Asinas ye como surten as denominazions de “pirineísmo” e “pirineísta”. E lo fan superando a conzezió que esistiba de conquista d'una montaña en as suyas més dibersas dificultaz, fendo chuntar o natural con o umano u cultural como una nueba forma de capir a montaña, de religar a cultura d'os montañeses con o meyo natural que los arrodeya fendo un tot que no se puede deluyir, una unidat. Ye, per tanto, una conzezió més que més cultural, per denzima d'a conzezió de tot esportiba que con ixa practica persigue a conquista d'as més altas tucas u benzer os més duros betuperios que en o meyo montañoso se i puedan dar. Pesquisas de tota mena, pero en espezial as que se relacionan con o meyo natural –glaziarismo, espelungas, bibers e naxeders de ríos, formazió d'as bals– e, en menor mida,

relatibas á l'ombre –descrizión de lugares, costumbres, paisanaches–. Á ra finitiba, ista prautica ta belún ye, como apuntó e definió o tamién pirineísta Louis Le Bondidier en 1925 con a enchaquia d'a necrolochica de Franz Schrader, "...une fin. Pour d'autres, ce n'est qu'un moyen" (1). Entre os primers se trobarían Tchihatcheff, Tonnellé, Russell u Brulle, ta qui a montaña ye més que més "une sensation"; entre os segundos figuran Ramond u Schrader, buscadors d'a dominán zientífica, qui apuntan que, amés d'una sensazión, "la montagne peut fournir un document" (2). Finalmén, como Beraldi continua comentando, existe tamién un pirineísmo que ansiaba coleccionar, replegar e conserbar espeziez botanicas u animals.

Se disposa d'imbestigazions e conoximientos dreitos no sólo que d'as grans tucas, sino tamién d'as alturas intermeyas u d'as més baxas –an no i faltan pas as zonas de bal, tanto en o natural como en o umano–, grazias á ras espedizions feitas seguntes as ditas miras e campos ya señalatos, entre as que no i faltan as incursions istoricas e artisticas, asinas como as cartograficas. Ista usma per escubrir e conquistar a montaña pirinenca se manifiesta á finals d'o XVIII e tot lo XIX, e dende os emprinzípios d'o XX, més que més á partir de 1918, se ba tornando poquet á poquet en desafío esportibo, en escalar as tucas pirinencas. Son es intes de naximiento d'os grupos d'alta montaña, como a Societé Ramond u o Club Alpino Franzés.

As miras d'o pirineísmo en ixas zagueras añadas, més que més dende o zaguer cuarto d'o sieglo XX, tornan á güellar enta o esprito e a fin que dio orichen á ixo mobimiento, reprenendo a suya orientazión més zientífica, imbestigadera u cultural, tanto d'o entorno natural como d'as manifestazions umanas en ixo terreno montañés. Només cal biyer o numero d'estudios que á partir d'ixos años se suzeden, entre os que cobran espezial relebanzia toz es relacionatos con os costumbres e culturas tradicionals feitos ya en un prozesu de transformazión, cuan no d'estinzión, como tamién pasaba, encara que en menor mida, con o meyo natural.

Encara que a suya zita primera siga á finals d'o XIX, o termino "pirineísmo" se podría fer retacular cuasi zien años, enta ra epoca de Louis-François-Elisabeth Ramond de Carbonnières, considerado pai d'o mobimiento e d'o esprito pirineísta. Carbonnières fazió as suyas cursas empentato per as suyas inquietuz zientificas, propias d'un ereu d'o Sieglo d'as Luzes, e inspirato per o naxiён mobimiento romantico. Ixos aspectos perdurarán en os siguiens pirineístas que en tot lo XIX e dica os inicios d'o XX s'abenturaron per ista cadena unica e zanzera, encara –igual como agora– per escubrir.

(1) "...una fin. Ta otros, no ye que un meyo". (2) "a montaña puede furnir un documento".

L'orichen d'o pirineísmo ye per tanto ligato á Carbonnières e á ras suyas barias conquistas, en espezial a que protagonizó o 10 d'agosto de 1802, cuan plega per primera begata ta ra tuca de Treserols, que –antiparte– ya eban alcanzato antes altros, entre os que cal zitar os suyos guías Laurens, Rondó e –diz que– un pastor belsetán. D'ixa primera bez que plega en o puntón de Treserols, que el baltiza como Mont-Perdu per no atisbar-lo dende a bersán norte e per o que sentiba atraución per considerar-lo a tuca més alta d'os Pirineus, confezionará as pachinas més remarcables de tota ra suya produción, en espezial os suyos *Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées*. Estiaño se zelebra o segundo zentenario d'a narración d'os suyos primers pasos sobre a tuca, feita que tiene una importancia particular en razón d'a presonalidat d'o suyo autor e d'o mobimientu que en resultó. Carbonnières ye una fegura emblematica d'o pirineísmo, dica o punto que d'o suyo nombre deriba a denominación d'un endemismo d'os Pirineus, a flor que claman *Ramonda myconi*, muito parellana á ras biolas que en os Pirineus tamién se conox con o nombre d'*orelleta d'onso*.

Se clama pirineístas, con as premisas que s'han bisto, á os que dende aquellas embueltas s'introduzen per a cadena d'os Pirineus, igual como tamién se diz alpinista á tot aquel que á resultas de coronar a tuca d'o Mont Blanc s'introduz dende alabez per ixas montañas més alteras d'os Alpes.

Manimenos, as primeras incursions per iste espazio se pueden rastriar dende aquel inte en o que l'ombre s'apósó e emprizipió á transitar ixas montañas, momento en que s'emprizipioron á pataquiar e á conoxer os suyos camins e os suyos més amagatos racons. Pero ye menister aguardar dica finals d'o sieglo XVIII –encara que d'antes esistan menzions e descrizions feitas per dibersos biachers– ta escomenzar á parlar en beras d'a conquista e escubrimiento d'os Pirineus.

En ixa conquista en tot momento parteziporon os propios abitadors d'ixa cadena, os naturals u –tamién clamatos– montañeses que abitaban os alpartadizos nuclejos ixemenatos. Ixas montañas yeran poco conoxitas dica que no se metió en boga o suyo lento escubrimiento en ixa zenturia, feito –més que més– per biachers e abenturers estranchers, entre os que espunta bel español que, per bellas causas –sobre tot de treballo– petenaba per ixas roldanas. Se feban pocas incursions, en espezial dende a bersán sur, o que fa dizir á Lucien Briet: “Ziertamén o *pirineísmo* no ye pas de moda ta os españols, pero ya lo será e beyeremos en o futuro que, lugares como Torla e Bielsa se tornan en lugares de bera-neyo per l'afluyenzia d'escursionistas”. O futuro iba á dar a razón á Briet: ixos lugares –sobre tot os millor comunicatos– han bisto como a suya fesomía e os modos de bida diaria d'os moradors suyos se ye transformata radicalmén.

A istoria d'o escubrimiento d'os Pirineus, d'a suya dibulgación e popularización ye estata larga e difizil. A identidat pirinenca ye dibersa e complexa; ye enreligata á territorios bien concretos e ye rica en referenzias istoricas, que se remontan enta ra Edat Meya, per exemplo a narración, entre a reyalidat e a leyenda, d'a primera aszensión ta ro Canigó, feita 1285 per Pietro III o Gran, seguntes a cronica de Salimbene.

Bellas esporadicas informazions han zerculato, como ixa d'un tal De Candalee, que diz que puyó t'o Midi d'Ossau en 1582. U ixas altras que tenemos en tot lo sieglo XVII, que nos cantan ombres de zienza, de cheolochía e botanica més que més. Asinas, en 1685 Joseph Pitton Tourneeffort fa menzió d'o churro d'augua d'o zirco de Gabarnía e as auguas d'ixa zona francesa. Per as mesmas embueltas o Duque de Maine tamién zita, e las gusta, as auguas de Ballebarecha. Son, asinasmesmo, os momentos en que escomienzan bels proyeutos cartograficos como os d'o incheniero Thierry en 1687-1688, cuan anota es datos e describe o Puerto de Benás. U os treballos de La Blottiere e Russell publicatos en 1719 que tratan d'as collatas, puertos e zonas de paso d'os Pirineus; u o mapa de Cassini de Thurg, feito en a metat d'o sieglo XVIII.

O primer estudio perfeutamén documentato sobre os Pirineus data de 1785, año en o que Vicente de Heredia emprizipia o suyo treballo de campo con miras á establir as altarias d'as tucas e altras peculiaridaz d'o territorio pirinenco per a suya bersán sur, plegando en a tuca d'Argualas e en a d'a Peña Montañesa l'año 1790, e en as inmediazions de Treserols en 1791. Ixos treballos los ferá en perfecta coordinación con o francés, encara que d'orichen alemán, Reinhard Junker dica 1792 o zagüero zentrato en a cara norte d'o mazizo montañoso. B'ha bels autors que mesmo piensan que en ixe año Heredia conquista as Treserols, uns años antes que Ramond.

Se puede adibir á os anteriors una pleyade de presonaches que, con mayor u menor relebanzia, han contribuyito á ixa conquista pirinenca, integrando con o paso d'o tiempo a prautica esportiba á o conoximiento d'a montaña. Cal fer menzió d'Henry Reboul qui alcanzó a tuca de l'Anie en 1786 u as d'o Midi d'Ossau en 1787 e o Comachibosa (Vignemale) en 1798 –as dos zagüeras tamién explotatas per pastors d'a zona con fins cartograficas–, ubriendo a bía, como s'ha bisto, á Louis-François-Elisabeth Ramond de Carbonnières, considerato como ro pai d'o pirineísmo e qui en 1802 plegaba –se diz que per primera bez, si bien se sape que antes otros la coronoron, como lo fesen uns días antes que Ramond de Carbonnières os suyos propios guías Rondó e Laurens, acompañatos per un aragonés– ta ra tuca de Treserols, á resultas de tals peripezias e d'ixa aszensión escribió o suyo zelebrato e ya zitato

libro *Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées*, asinas como os tetulatos *Observations faites dans les Pyrénées* e *Voyage au sommet du Mont-Perdu*. Peripezias de Ramond que ya se conoxen á partir de 1787, cuan se sape d'o suyo paso per a Breca de Roldán, Midi de Bigorra, Espital de Benás u a bisión e descrizió d'A Maladeta.

Larga lista que contina con Frederic Parrot en a Madaleta –1817–, o cheodesta Henru Reboul establindo a cota més alta d'os Pirineus –l'Aneto–, o Duque de Barry en a Breca de Roldán en 1828, Vicent de Chausenque –autor de *Les Pyrénées et voyages pédestres dans toutes les régions de ces montagnes*, 1843–, Platon de Tchihatcheff e Albert de Franqueville con as suyas guías en l'Aneto –1842–, Alfred Tonnellé en os años zinquanta d'o sieglo XIX per diferens puntos d'os Pirineus –en espezial per os Mons Malditos e l'Aneto, dixando constanzia d'as suyas esperenzias en *Lettres à una mère: voyage aux Pyrénées*, 1858–, Adolphe Joanne e o suyo guía d'os Pirineus en 1858, Charles Packe plegando en o cabo superior de La Munia –1864– e con o suyo guía d'os Pirineus de l'año 1862, Henry Russell e un pastor ta Lardana (Posets) –1864–, o zitato conde Russell –“l'Alica d'os Pirineus” que en 1878 publicaba *Souvenirs d'un montagnard*– acompañato d'altras presonas aszendió –entre altras montañas– t'o Pico Añiscló u –como el baltizó– Soum de Ramond en 1877, o mesmo año en que Edouard Wallon puyaba dica ta Peña Telera e que feba ra suya aparixión per ista cadena Albert Lequeutre; Franz Schrader –qui estaca per a suya cartografía, debuxos e acuarelas– e Henri Passet t'o Bachimala en 1878 –autor o primero d'un mapa de Treserols e d'os zercanos enclaus d'Ordesa, asinas como d'a obra *Pyrénées*–, u Ramón Arabia en as Treserols en 1880, año que tamién conoxió os inicios d'as cursas d'o conde de Saint Saud, asinas como á Victor Hugo, autor d' *En voyage Alpes et Pyrénées* –1890–.

Á ra fin d'o sieglo XIX os Pirineus bidon pasar á Eugène Viollet-le-Duc –*Voyage aux Pyrénées*–, Alber Tissandier u Célestin Passet –un d'os més renombratos guías d'a saga, zinco, d'os chirmans Passet–. Tamién Henry Brulle, qui como Jean Bacillac s'iniziaba en o pirineísmo esportibo arredol de 1879 con l'aszensión t'o Comachibosa per una d'as suyas bías, mientras que os chirmans Cadier e, de buen seguro, ro gran istoriador e compilador d'o pirineísmo que fue Henri Beraldi, encara que no se distinguís per as feitas montañeras. Cal zitar, como ye de dar, o francés Lucien Briet entre 1890 e 1911, años en que recorrió a parte zentral d'os Pirineus aragoneses en os suyos continos biaches. Produto d'os mesmos son as cuasi 1.000 placas de cristal de dito territorio, e a obra manuscrita *Superbes Pyrénées*, á partir d'as suyas anotazions presas sobre o terreno. A Deputazió Probinzial de

Uesca publicó en 1913 una triga d'os testos e fotografías de Briet en a suya obra fundamental *Bellezas del Alto Aragón*, d'a que s'han feito dos edizions més en 1977 e 1988.

Pero no tot fue obra d'autors e biachers franceses. Tamién en tan grandiza lista se i troba o nombre de bel pirineísta d'a bersán sur, español. Asinas, amés d'os escasos exemplos zitatos, cal adibir en os primers dezenios d'o sieglo XX á presonas tan estacatas en iste campo como Jacinto Verdaguer u ro gran aventurero d'a cara sur, Juli Soler i Santaló, tamién conoxito como "o Russell catalán" que sobresale per os suyos numbrosos biaches per tota ra cordillera, otenendo datos e fotografías con as que redautaría a guía d'Arán u os barrios e amplos articlos d'as diferens bals aragonesas publicatos en o *Butlletí* d'o Centre Excursionista de Catalunya.

Cal tamién ebocar o guía José Sayó Pedrón ("Pepe el de Llausía"), que fue –entre otros– guía d'o propio Soler e que desaparexerá bitima d'un rayo en o Paso de Mahoma, poco antes de plegar en a tuca de l'Aneto; u o suyo suzesor Lluís Estasen, més que més espezialista en o pirineísmo d'ibierno.

No se puede tancar ista lista sin zitar una serie d'eruditos e de professionals que recorren os Pirineus e á qui debemos estudios e publicazions sobre diferens temas pirinencos. Como no fazieron garra tuca, no fuen pas autores consideratos á priori como pirineístas, pero merexeban estar-lo seguntes es criterios de Beraldi e tenendo en cuenta a ripa d'años que consagraron á ixas montañas. Els fazieron ixa tornada enta ra zienza e a imbestigación, que os pirineístas tradizionalis eban dixato en os emprinzipios d'ista zenturia debotando-se més que més á lo esporte e a escalada. Se trata d'antropologos, lingüistas e fotografos tan eminens e importans como Ricardo Compairé –con un importán archibo fotografico zentrato en l'Alto Aragón–, Ramón Violant i Simorra –autor, entre otros tetulos, d'a magna obra etonografica *El Pirineo español: vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece* publicata en 1949– u d'os ispanistas alemans Fritz Krüger –tamién autor d'una altra obra de referencia, d'os seis bolúmens sobre *Los Altos Pirineos*, que bidon a luz entre 1935 e 1939– e Rudolf Wilmes –zentrato en *El Valle de Vio*, fruto d'a imbestigación desarrollata en a decada d'os años trenta–, istos dos zaguers con un enfoque etnolingüístico.

Se i podrían adibir es nombres de debuxadors e ilustradors d'os Pirineus que, dende finals d'ixe sieglo XVIII dica os nuestros días han dixato a suya durable impronta en espresibos debuxos, belún d'els ya zitato per os suyos libros –Ramond de Carbonnières, Eugène Viollet-le-Duc e Franz Shrader–, a d'altros que només espuntoron en dita fazeta d'o debuxo, entre os que ye menister señalar á Antoine-Ignace Melling, Hyppolyte Taine, Jules Dupré, Eugène Isabey, Paul Huet, Charles-François

Daubigny, Gustave Doré, o conde Roger de Bouillé, Charles Jovas, Hubert Damelincourt, Louis Byffin, Edmond Yarz, Bruno Schmeltz, Jocelyne Barbas, Aroldo Governatori, Jena-Pierre Bourquin, Claude Lagoutte u Hamish Fulton.

A lista d'os pirineístas ye luenga e marca tota una serie de conquistas. As fitas més remarcables, en cuanto á fer as tucas pirinencas, fuen a d'o Midi d'Ossau –dende os inicios d'a Edat Moderna dica ra més conoxita protagonizata per Junker, sin olvidar as que s'han suzedito dende alabez–, Treserols –con Ramond de Carbonnières en primer puesto, pero sin dixar-nos os autotonos d'a zona u á os que han continato a estela d'o primero–, La Maladeta –con os casos més estacatos de Russell e Ramond, sin escudiar as feguras e feitas de Louis Cordier en 1802 e Frederic Parrot en 1817–, Comachibosa –de nuebas con Russell, amés de Vicent de Chaussenque en 1822 e Anne Lister en 1837-38– u l'Aneto –sobresalindo Henry Reboul en 1817, qui estableió a primazía de l'Aneto sobre a resta de montañas pirinencas, asinas como a d'o entomologo León Dufour en 1820 u a més interesán e conoxita de Platón de Thihatcheff que, acompañato de Franquevilles e otros guía, pisó a suya tuca e escribió o libro *Ascension au pic de Néthou: sommer culminant de la Maladeta en juillet de 1842*–.

O sieglo XX ye marcato per dos feitos esenzials ta ro pirineísmo. O primero ye a publicazión d'os siete bolúmens de *Cent ans aux Pyrénées*, a obra fundamental d'Henri Beraldi. Ixos bolúmens contienen textos de Ramond e os primers estudios sobre o terreno (bolumen I); textos de Chaussenque, Franqueville, Tchihatcheff, Lézat, Tonnellé (bol. II); de Russell, Pache, Lequeutre, Wallon, Schrader, Nansouty (bol. III); Russell, Wallon, Lequeutre, Shradet, Brulle, Saint-Saud (bol. IV); e diferens articlos escritos cuasi un sieglo dimpués d'os textos de Ramond (bol. V á VII).

O segundo feito ye a creyazión en 1921 d'o Museyo Pirinenco de Lurda, o primero que ubriba as puertas en tot l'ambito d'os Pirineus. Ideya e obra de Louis Le Bondidier, qui asinasmesmo fue o suyo primer direutor-conserbador. Entre as suyas parez se conserban e esposan as imáchens e os ochetos d'ixos inicios d'o pirineísmo, se i troba tamién una sala d'onor d'ixe mobimientu con as maquetas d'os picos, a calendata d'a suya conquista e a presona u presonas que la protagonizoron, asinas como belún d'os ochetos que istos pirineístas portaban en as suyas aventuras montañeras. O corazón d'o museyo ye o suyo archibo-biblioteca, con prauticamén totas as obras impresas d'os pirineístas, con es cuadernos de campo e debuxos que executaban en a reyalizazión d'os suyos biaches e proyeutos, u –entre otros materials– con tot l'archibo e materials de Lucien Briet, rescatato per Le Bondidier a l'altro año d'a muerte d'o pirineísta, biachero e fotografo francés.

II · *Victor Hugo: escritor, poeta, biachero*

Si per bella cosa ye reconoxito e emponderato Victor Hugo ye per a suya ampla e remarcable produción literaria, per os suyos libros de poesía e per as suyas nobelas, beluna d'ístas de zelebrata fama e de gran difusión, amés d'estar considerato como ro millor representán d'a poesía romantica franzesa e una d'as prenzipals feguras d'a literatura d'o sieglo XIX. A escritura ha amagato a suya altra gran pasión á ra que cada año adedicaba bels días e que en resultas daría a creyazón d'unas bibas e frescas planas: biachar.

Naxito en Besançon en 1802, fillo de militar, Victor Hugo emprizipió luego á desenvolver o suyo esprito biachero, si bien en primeras fue per causas allenas á ra suya boluntat, ya que a suya familia se bido en a obligazón de fer continos desplazamientos como consecuencia d'as diferens campañas napolionicas. Itineranzias que lo menoron primero ta Italia, entre 1802 e 1809, e dimpueas ta España de 1811 á 1812. En Madrid an su pai teneba o cargo de cheneral. Victor Hugo aprendió o español e d'ixa estada guardó nombres e situazions que dimpués fería serbir en as suyas obras, como se puede constatar en bels presonaches d'as suyas creyazions, per exemplo en os suyos dramas *Hernani* e *Ruy-Blas*. Continous periplos que lo transportoron t'altros mundos e fazieron que i conoxés nuebas tierras e nueba chen, que li feban trobar-se –como comenta en o libro d'os Pirineus– “feliz, ebe trescruzato bellas bezes a ulor d'as corretiellas que me fa acordar d'a mía infancia, pensabe en toz os que m'aman, m'oblidabe de toz os que m'odian, e güellabe ixa foscor, per dizir-lo asinas, con a mirada perdida,

dixando que se mezclasen en o mío ensuenio as figuras bagas d'a nuei que pasaban confusamén debán d'os míos güellos". (extraito de *Voyage aux Pyrénées* escrito en 1843).

De tornada ta París en 1812, asiste á ras desabenezias que existen entre sus pais, Victor Hugo s'acubila bien luego en a creyazión literaria. En 1817, un d'os suyos poemas rezibe una menzi3n de l'Academia francesa, e bellas añadas dimpués otién o premio d'os Chuegos florals de Tolosa. Manimenos, caldrá aguardar dica 1822 ta biyer o suyo primer libro de poemas, *Odes et poésies diverses* / *Odas e poesías dibersas*, año en o que se casó con Adèle Fouchet. Os tiempos yeran difizils, e el no dis-
posaba que d'una cacana pensión –mil francos– conzedita per Luis XVIII como recompensa á ra suya leyaltat con os borbons. Ye per ixas embueltas que datan as nobelas *Han d'Islande* / *Han d'Islandia* (1823), *Bug-Jargal* –1826– e *Le Dernier jour d'un condamné* / *O zaguer día d'un condenado* (1829), e os poemarios *Nouvelles odes* / *Nuevas odas* (1823) e *Odes et ballades* / *Odas e baladas* (1826).

En as añadas 20, Hugo ya ye considerato como un d'os presonaches m3s relebans d'o naxi3n mobimiento romantico. Encara que Carlos X l'imposa en 1825 a zinta roya d'a lechi3n d'onor, os suyos sentimientos con a causa lechitimista se ban perdendo, como se bei en a proibita obra de teyatro *Marion de Lorme* (1831), igual que en o prelogo de *Cromwell* (1827) e *Les Orientales* / *As Orientals* (1829) constituyen rupturas con as modas literarias d'a epoca. Ye un periodo de profundos cambios en a suya persona e a suya vida; ba dixando as posizions tradizionalistas e adota una postura liberal, ye cuan dixa de clamar-se catolico –no eba estato baltizato e no eba rezebito denguna educazi3n reli-
chiosa–, e –antiparte– cuan se fa platera a crisis matrimonial azentuata á partir de 1830 e que en 1833 abocar3a en a unió3n con Juliette Drouet.

Á partir de 1830 bibe una temporada d'esitos, d'una enfebrezita produzi3n literaria, como con-
trimuestran –amés d'os ya mencionatos– *Hernani* (1830), *Le Roi s'amuse* / *O rei se dibierte* (1832), *Lucrèce Borgia* / *Lucrezia Borgia*, *Marie Tudor* / *María Tudor* (1833) e (1835), en a suya fazeta teyatral; *Les Feuilles de l'automne* / *As Fuellas de l'agüerro* (1831), *Les Chants du crépuscule* / *As cantas d'o lusco* (1835), *Les Voix intérieures* / *As Bozes interiors* (1837) e *Les rayons et les ombres* / *Os Rayos e as guam-
bras* (1840), en o tocán á ra poesía, asinas como a suya afamata nobela *Notre-Dame de Paris* / *A Nuestra Señora de París* (1831). Periodo de febril produzi3n á o que sigue un altro de ralentizazi3n, que bido a suya evoluzi3n en materia politica, de conserbador tradizionalista en primeras á antiburgués entre 1828 e 1835, e á posizions m3s moderatas á partir de dito año, dica tal punto que plega á rela-
zionar-se con a corte e otiene a favor d'a familia reyal, nombrando-li Luis Felipe par d'o reino en

1845, sin olvidar o cargo d'academico en 1841. Años d'escasa produzi3n, zentrato en aconseguir tot o que ambizionaba, en os que public3 as cartas *Le Rhin / O Rin* (1842), o drama *Les Burgraves / Os burgraves* (1843) e o inizio d'a suya boluminosa nobela tetulata probisionalmén *Les misères / As miserias*, ixos en os que bibió a desaparixi3n d'a suya filla gran Léopoldine, fallezita en as auguas d'a Sena o 4 de setiembre. Notizia d'a que se'n entera á ra fin d'o suyo biache per os Pirineus.

Suzeso, iste zaguero, intimamén relacionato con o cambio de forma de pensar, asinas como con a fuerza atrazi3n que siente enta tot lo imbricato con o pueblo, con o suyo contauto e con o suyo esprito. D'iste modo, se posiciona con o mobimiento popular de 1848, plegando á estar deputato en l'Asambleya Constituyén en primeras e en a Lechislatiba en zagueras, amés de creyar en ixe mesmo año o periodico *L'Évènement*. Meses d'inzertidumbre e de grans crisis presonals e ideolochicas, ta par d'alabez dixa o partito de l'Ordén poco antes d'a ditadura e se fa republicano prezisamén cuan a republica iba á menos, dica o punto d'oposar-se de firme á o golpe d'estato de Luis Napolión e pasar á estar incluyito en a lista de proscritos en chinero de 1852, año en que produze *Napoléon le Petit / Napolión o Chicot*. Per ixo abió d'esiliar-se, en primeras en Bruselas, dimpuesas en Jersey, e dimpués d'a suya espulsi3n en 1855, en Guernesey. Refusa en 1859 l'amnistía que l'ofriban, e no torna ta París que dica setiembre de 1870, malas que o Imperio desaparexió e una miqueta antes de beber o sitio ocasionato per os prusianos á ra capital francesa. Suzesos e situazi3ns presonals que li producen un cambio radical en o suyo ser e que se dixan notar en a suya obra, estando ísta més autentica –en cuentas de retorica–, tornando-se asinasmesmo en fidel reflexo d'a reyalidat, en testimonianza d'o que pasaba á o luengo d'ixas añadas. Nuebo posicionamiento sozial e creyatibo bisible en *Les Châtiments / Os Castigos* –1853–, *Les Contemplations / As Contemplazi3ns* –1856–, *La Légende des siècles / A Leyenda d'os siglos* –1859– e *Chançons des rues e des forêts / Cantas d'as carreras e d'as selbas* –1865–, en o terreno d'a poesía, mientres que en o d'a nobela apareixería a suya zelebrata *Les Misérables / Os Misérables* –1862–, sin olvidar *Les Travailleurs de la mer / Os treballadors d'o mar* –1866– e *L'Homme qui rit / L'Ombre que se'n ride* –1869–.

Dimpués d'a suya tornada definitiba ta París, en que dixa tazaga a suya nueva estada en Belchica, ye eslechito deputato de l'Asambleya Constituyén en 1871, si bien no aprehaba a Comuna per o mal feita que yera “una cosa buena”, encara que sí esfendió a os escapatos d'a mesma, á os *communards*, que sofriron una biolenta represi3n como consecuencia d'a suya redota, o cualo li traye escalfitas creticas per parti d'a prensa conserbadera. Dimpués de renunziar á dito cargo de deputato e

de perder en unas eslezions, encara ye nombrato senador en 1876, sofrindo dos años més tardi –1878– una conchestión zelebral que l'aparta de tot cargo publico e d'a suya pasión més zelebrata: escribir. Zaguers añadas de bida prauticamén nulas en o tocán á ra suya produzióon literaria; manimenos, a suya creyatibidat yera estato tan estensa entre 1852 e 1878, que cada año siguió dando á conoxer os suyos libros, entre os que ye mensiter zitar os de poesía *L'Année terrible / L'Añada terrible* –1872– e *L'Art d'être Grand.père / L'Arte d'estar lolo* –1877–, asinas como *Histoire d'un crime / Historia d'un crimen* –1877– e a segunda serie –1877– e a tercera –1833– de *La Légende des siècles / A Leyenda d'os siglos*, *Le Pape / O Papa* –1878–, *La compassion suprême / A compasión suprema* –1879–, *Religions et religion/ Relichions e relichión* –1880–, *Les Quatre vents de l'esprit / Os Cuatre bientos d'o esprito* –1881– u *Torquemada* –1882–.

Poco dimpués, en mayo de 1885, moriba en París como consecuencia d'un embotamiento d'os polmons, estando enterrato en o Pantión dimpués de trebutar-li o Estato uns funerals nazionals, zere- monia de corte eminénmén laica per boluntat d'o propio Hugo, qui dixó clara a suya postura en refu- sar “a plegaria de totas as llesias; demando una orazióon de totas as almas. Creigo en Dios”.

Muitas obras ineditas son estatas publicatas dimpués d'a suya muerte, como *Le Théâtre de la liberté / O Teyatro d'a libertat*, *La Fin de Satan / A Fin de Satán* –1886–, *Choses vues / Cosas bistas* –1888–, *Les Anées funestes / As Añadas funestas* –1898– u *Dernière Gerbe / Zaguera Gabiella* –1902–, asinas como as suyas memorias e textos més presonals –1848-1851– e *Carnets intimes / Carnex intimos* –1870–1871–. Ampla e estacata obra, que se completa con a ripa de debuxos que captó –conserbatos en os museyos adedicatos á Victor Hugo de París e Guernesey, amés d'os d'o Louvre–, e con bel retrato d'os suyos biaches, como ye fidel reflexo o d'Os *Pirineus*.

III · *Apasión de Victor Hugo per os biaches*

Correba o berano de 1843 cuan Victor Hugo empredeba un biache con destín ta os Pirineus, ta ixa cadena que as “tucas d’as montañas son ta nusaltros espezie de mundos desconoxitos. Allí becheta, florex e truquetía una naturaleza acubillata que bibe aparte. Allí s’emparellan, en una espezie d’imeneyo misterioso, o ferioso e o maravilloso, o salbache e l’apazible. L’ombre ye lueñes, a naturaleza ye tranquila”. Parolas que lo dizen tot, a suya forma de pensar e a sensación que li produzió, que produz á tota presona sensible á o meyo natural, recullitas en as planas d’a suya obra pirinenca. Un biache feito, como tantos d’altros, en compañía d’a suya amán Juliette Drouet, desincusando-se con a suya familia e as presonas d’o entorno suyo con que li feba falta una cura termal. Per ixa razón, como meyo d’encubrir os suyos beritables propositos e a presenzia d’a suya acompañán –d’a suya amán Juliette Drouet-, per os puestos an que i pasó u en os que teneba que dar o suyo nombre firmaba como “M.Go”.

Asinas, enfila os pasos enta ras, ta par d’alabez, encara feriosas e cuasi desconoxitas tierras pirinencas, enta ixos cabos que en as añadas ixas de metat d’o sieglo XIX –e en buena cosa de bezes empentatos per as corriens e postulatos romanticos– conoxieron arrienda biachers, d’intrepites abenturers que se metieron per ixas pinganetas más u menos difizils. Biaches feitos en unas condizions, tanto ta desplazar-se como ta agüespar-se, bien diferens á ras que dende fa bels años existen per ixos mesmos puestos, como muito bien reflexan as planas, as beroyas obras que toz istos petenadors e escri-

tores han dixato, entre os que ocupa un puesto espezial per a sabia unión que fazió d'as dos condizions Victor Hugo.

Como s'ha bisto, ixos pioners dixoron o suyo bayo en muitos racons d'ista cadena montañosa. No sólo dixoron que alcordanzas u a notizia d'o paso suyo per un lugar u altro, sino tamién unas inigualables planas d'as suyas bibenzias, esperenzias e bisions. Uns testos que ban unitos á ras posibilidaz fisicas que poseyeban e á ras sensazions que lis imprimiba a contemplación d'os diferens paisaches, que posibilitan a suya inclusión en ixa triga de pirineístas, seguntes os criterios de Beraldi.

En metat de tan estensa e trigata pleyade de biachers e escritores d'os Pirineus se i troba Victor Hugo, autor d'unas línias feitas en o mesmo momento de fer o biache. Victor Hugo fa dito trayeuto, e escribe bellas notas, pensando en un amigo que dixá allá en tierras francesas, pensando en os posibles leutores que, con o paso d'o tiempo, podrían leyer ixas bonicas notas, ixas impresions e bibenzias que poquet á poquet ban dando cuerpo á o que, con o tiempo, sería un libro bien beroyo. Asinas, només enzetar-lo, fa una declarazió d'intenzions sobre o que o leutor –e o suyo amigo– trobará plana á plana: “Bos que no biachaz nunca d'altra forma que con o esprito, indo de libro en libro, de pensamiento en pensamiento, e nunca de país en país, bos, que pasaz toz es beranos en a mosquera d'os mesmos árbols e toz es ibiernos á canto d'o fogaril, querez, deseguida que albandono París, que bos diga, yo, bagamundo, á bos, solenco, tot o que he feito e tot o que he bisto. Siga asinas. Obedezco”. E encara adibe més: “¿En querez més? ¿Bos fan falta descriziions? ¿Querez saper o que son istas ziudaz, en qué aspectos se me presentoron, qué cullita d'istoria, d'arte e poesía he recullito en o camín, tot o que he bisto, en una parola? Siga asinas. Obedezco altra begata”. Una declarazió d'intenzions que ba acompañata d'un posicionamiento sobre cómo biyer e sentir diferens reyalidaz que se presentan debán d'os güellos: “...me limito á soniar. Consagro o mío esprito á contemplar o mundo e á estudiar os misterios. Me paso a bida entre un señal d'almirazió e un altro d'interrogazió”. Unas ideyas, uns pensamientos, unas declaraziions contenitas en tota ra obra que, en buena mida, se pueden suscribir per qui disfruta e siente a naturaleza e a sana –siempre que siga sana– interbenzió de l'ombre en cualesquier cabo d'o mundo, que sienta e disfrute d'os paisaches naturais e umanizatos d'a cadena pirinenca.

Son notas, impresions de biache, de cabo cuan frases curtas portaderas de bella ideya, de bella impresión, de bella imachen, con as que poquet á poquet, línia á línia, ba dixando constanzia de tot o que i bei, siga o que siga, natural u umano, u bien una fusión d'as dos cosas – “A presenzia de l'ombre se rebela en as partes més desiertas d'ista selba per grans escais d'escarzo que s'han tirato d'o trallo d'os

pins ta fer salir a rasina”; “...se sentiba, sin biyer branga ni distinguir branga, ixe taparache fino e acuto d’as esquillas que s’asemella á una forniguilla armoniosa”-. Hugo nos entrega sucherenzias, frescas e poeticas –á ra manera romantica– descriziions que en tot momento fa d’o entorno, d’o meyo natural, d’ixos enclaus que eleban o esprito e dimpués d’o esfuerzo t’acorporan: “A naturaleza ye manifica; salbache como l’amenestan es soniadors”; “En a montaña l’alma s’eleba, o corazón s’asana; o pensamiento partezipa d’ixa paz profunda” ; “...ta os espritos soniadors, toz es cabos d’a naturaleza, mesmo os més dispars á primera bista, son ligatos entre els per una infinidat d’armonías secretas”, “o paisache yera d’una alegría manifica; l’aire lo feba bebir tot, o sol lo doraba tot”; “Se i bei bolar os butres per denzima d’as landas, as grudas per denzima d’as lagunas e as gabiotas per denzima d’o mar. Se i contempla cómo as tartugas e as sirpiens s’arroziegan per as dunas. O espeutro d’una naturaleza de guambras nos s’aparex. O ensuenio penetra o esprito. Paisaches esconoxitos e fantasticos dandalian e reberberan debán os buestros güellos. Ombres refirmatos en una larga gayata e puyatos en xanclas pasan en as grumas de l’orizón sobre a crencha d’os tozals grans como arainas. Se creye biyer as piramides enigmaticas de Mimizan debantar-se en as ondulaziions d’as dunas e se i ye atento como si se sentís a canta garrispa e dulce d’as campesinas de Parentis e güellas allá lueñes como si biyeses caminar escalzas en as olas ás guallardas misachas de Biscarosse painatas como siemprebibas de mar”.

Hugo espresa mesmo sensaziions més oniricas debán d’a contemplaziión d’a naturaleza, més personals, dixando-se lebar per os sentimientos e impresiions que li produziba ra bisiión d’un determinato puesto u a suma de barios, como se constata en as numbrosas zitas relacionatas con o meyo natural.

Una Naturaleza presén siempre en os güellos e as bibenzias d’Hugo, en fa referencia de contino en ixas bonicas anotaziions de biache que se tornan profundo e deleitoso libro: “Esiste en as relaziions de l’ombre con as bestias, con as flors, con os ochetos d’a creyaziión, tota una gran moral encara sin alufrar, pero que rematará fendo-se rota e que será o corolario e o complemento d’a moral umana”; “Pero tamién ye menister zebilizar l’ombre dende o punto de bista d’a naturaleza. Astí tot ye per fer”; “Como en tot lo terrible que fa a naturaleza, b’ha cantonez maravillosos, pratals de yerba, regatiellos deseparatos d’a barranquera que mormostían á canto suyo con ixe grollear que deben de tener as crías de l’alica en o suyo niedo, yerbas plenas de flors e perfumes, e mil puestos d’escanso agradables que son plazibes ta ros güellos e ta ro pensamiento. Sólo que l’ombre i continua triste”.

D’ixe modo ba describindo tot o que s’ixampla debán d’os suyos güellos tafaners, dende ixe paisache mezclizo, produto d’a uniión con o mar e a montaña – “As montañas e o mar parlan á o mesmo

costato d'o esprito”, dica ras relacions e feitos istoricos que i bei u bibe, tanto en as tierras e lugares que besita como os que en o momento se son produzindo, como as guerras zebils e a presenza d'os carlistas per as diferens partes d'España. Ixa rota beraniega feita en “o mesmo momento en que Espartero cayeba en España”, dixando constanzia d'a situación d'iste país ta par d'alabez, cuan imperaba bella sensazi3n de pobreza. Hugo bei aparexer tota una ampla bariedat d'aspeutos que biyer e escubrir, como toz aquels que se relacionan con as fayenas cutianas que per os lugares biyeba, con as manifestacions tradizionalas que poquet á poquet han ito desaparexendo en tot lo sieglo XX, como fer a lexiba en un labadero, os rasgos físicos e os bestuaches que leban es presonaches con os que s'enzierta u fa ra parla –“Un cacherulo royo li zeñiba ra fren, á l'uso d'os arriers aragoneses e pretaba sobre os suyos pulsos os suyos cabelos espesos e negros. Teneba a coroneta rasurata, una ampla capa blanca que li cubriba dende a barbata dica es chenullos, un calz3n curto de bellut berde oliba, pials de lana blanca con cochals negros, zapatos de cuerda e res m3s en os piez”–. Parla d'as dibersas artesanías –telars en as Landas: “Dellá de Roquefort, as Landas s'alegran con telars que se troban de cabo cuan; uns, albandonatos e muito antigos, se remontan á Luis XIII, como testimonia ra clau mayestra d'as suyas arquiboltas; es otros, en pleno treballe e en pleno rendimento, fumeyan per tota man como un faxo de leña berda en o fueglo”– u describe fayenas economicas –en espezial, o pasturache: “Tota mena de rabaños paxentan en os pratos de bruco, collas d'aucas e porcatas que os mozez menan, arramatas de güellas negras u royiscas menatas per mullers, rabaños de güeis de grans cuernos menatos per ombres á caballo. Á tal rabaño, tal pastor”–. Parla d'o relatibo á l'arquitectura popular que bei en os diferens puestos per an que i pasa, sin escudiar-se d'a curiosa descrizi3n d'un quefer ya en desuso pero d'antes fundamental en a economía tradizional d'a montaña, o d'os contrabandistas, garimbolianto t'aquí e t'allá per a montaña e amagatos en a escoreldat d'a nuei– “...Os miquelez e os contrabandistas españols plegaban en Aragón per a Breca de Roldán e per o negro e orrible bial de Gabarnía...”.

Riqueza en as descrizi3ns, frescura e bibeza apreziabile cuan s'atura en racons, lugares u eszenas cutianas ya xuplidatas, que tamién se constata en as referenzias d'os diferens edefizios istorico-artisticos que b'ha per as poblazions per an que pasa, m3s que m3s en os goticos –denostando os d'o barroco–, como a seo de Bayona –“...ye una ilesia pro guallarda, d'o sieglo catorze de color chesca e foratata per l'aire d'o mar. En garra cabo no he bisto os cruzers describir en o interior d'os arcos d'agulla uns finestrals m3s ricos e conzieters”–, San Miguel de Burdeus –“Se siente que ye escapezata e muerta. L'aire e a luz trescruzan es suyos arcos d'agulla sin finestrals e sin d'aros, como pasando entre

escarcatons. Ya no ye pas un campanal, ye a coscarana d'un campanal"—, a seo de Pamplona —“Os arcos de finestrals flamichers, os pinaclos delicatos, os cuentrafuertes zereños...””, o castiello de Pau —“Foi que m'abran de manera imperatiba a gran torre. Almirable bista dende o terrau. Toz os Pirineus. Tota ra ziudad. Tellatos de loseta”, ixa ziudad que no duda á calificar d' “alegre, bonica, limpia”— u, á modo d'exemplo, o castiello de Lurda, d'ixa fortificación que güe e dende 1921 aculle o primer museyo pirinenco —“...no b'ha cosa més emozionán que as enruenas de l'ombre mezclatas con as enruenas d'a naturaleza”—.

D'ixa forma ba desarrollando as diferens descriçions, ban siguiendo-se os paisaches bistos e bebistos per Victor Hugo, en os que se condensan a suya decantación literaria con a suya bocación biachera. Un itinerario que fa entre o 20 de chulio e o 26 d'agosto de l'año 1843, o zaguer día ye en Cauterets, si bien encara s'amanaría dica Gabarnía e Luz. Camín que escomenzó en Burdeus, que continó per Bayona, Biarritz —an només li feba miedo “una cosa: que se meta de moda. Ya bienen de Madrid, luego acudirán de París”, batizinando que alabez “iste lugar tan ferioso, tan rustico e tan onesto encara, será atacato per a mala ambición d'os diners, *sacra fames*”, una cosa que con o paso d'o tiempo ha pasato en buena cosa de lugares—, San Sebastián —“Un cabezo ta ra dreita, un altro ta ra cucha, dos golfos: un istmo en meyo, una montaña en o mar; baxo a montaña una ziudad. Béteme San Sebastián”—, Pasajes, Lezo, Pamplona, Pau —dende a que apreziar per tot lo suyo paseyo a belleza d'os “Pirineus en l'orizón. Tucas crebatas, tallatas, tuertas, chiratas, como tocatas per a man formidable de bel chigán”—, Cauterts, Gabarnía e Luz.

En istos dos zaguers lugares besitados se marabillaba debán de tanta de belleza chunta, an a bista no dixa de sosprender-se con as alteras e unicas formazions, entre as que un “trueno en ixos estreitos ya no ye pas un trueno; ye un pistoletazo, pero un pistoletazo monstroso que esclata en as boiras, cai en a tuca més prosima e recute de montaña en montaña con un rudio seco, siniestro é formidable”. Se queda embabiecatu debán d'o Comachibosa, “a més alta montaña francesa”, en do plega t'o parosismo total en contemplar a inconmesurable formación d'o zirco de Gabarnía con o suyo aério churro d'augua esbarrundando-se entre os tuertos plegos d'as rocas, ixe puesto á qui adedica bonicas e sublimes parolas, as cualas se pueden resumir en a definición que'n fa: “o *Colosseum* d'a naturaleza”.

Un biache, un desplazamiento, sulcato de mil problemas, de mil betuperios per as comunicazions que b'eba —“As montañas producen dos menas de camins: os que fan marradas per tierra igual como ros escurzons e os que fan marradas como as boas”—, per os meyos de transporte —“Cal estar un

biachero tanato e tenaz ta trobar-se con gusto en a imperial d'a dilichenzia Dotèzac, que ba de Burdeus ta Bayona"—. Uns transportes que per aquellas embueltas e per a durada d'os desplazamientos feban bolar as recreyazions: "Perque o pensamiento tiene os suyos espellismos. Os biaches que no fa ra dilichenzia Dotèzac, los fa a esmachinación". Betuperios que tamién esistiban ta enzertar-se con os no guaire numbrosos aloxes e alberdes que se podeba trobar en o camín —"En as ziudaz d'España, b'ha muitas *ventas*, ye dizir muitas tabiernas, bellas *posadas*, ye dizir bels albergues, e no guaires *fondas*, ye dizir bien pocos otels"—. Sin olvidar as menzions á ra seguranza u inseguranza d'os camins e a descri-zión, curiosa en occasions, d'os encargatos d'a suya bechilanzia e protezió: "Dende fa bels momentos un ombre armato con una escopeta corre chunto a delichenzia, bestito como bel rabalero de París; chaqueta gran e balons amplos de bellut de algodón de color cuero; cartuchera en a pancha; chapero redondo con serbus igual como es nuestros conductors de coches de punto, con ista inscrizió: CAZADORES DE GUIPUZCOA. Ye dizir, un guarda zebil".

Ixe itinerario ta escubrir un singular e unico espazio natural e umano, que parte en os suyos emprizipios con un deseyo —"Lo he dito en altro puesto, respetemos os edefizios e os libros; només allí o pasato ye bibo, en toz es otros cabos ye muerto", o que tamién se puede enamplar á tot o que se refiere á ro entorno natural,— e que se completa con una serie de debuxos feitos á o natural que con-tienen diferens notas. Debuxos, unas begatas simples rasgos, que son un fidel complemento á lo espo-sato en o testo, altras en constituyen un emparo, en altras unas bisions e bel apunte de datos no esposatos en as suzesibas anotazions escritas. Ilustrazions feitas á o natural que fan buena onra ta refle-xar dibersas arquitecturas, unicos paisaches, peculiars e afables presonaches.

Tot ixo, en resultas, da un libro beroyo, áchil, fresco, romantico en muitos momentos, literario en altro muchos, fundamental ta tot aquel que quiera conoxer os Pirineus, que ame e disfrute as tierras pirinencas. No ye perdemés que constituya una plan més, bien remarcable, d'a istoria d'ixa cadena montañosa, d'o esdebenir d'o pirineísmo e d'os suyos fautors, os pirineístas, entre os que Victor Hugo ocupa un puesto espezial e de relebanzia.

IV · *Victor Hugo e Aragón*

En o suyo conchunto, o *Voyage aux Pyrénées / Biache t'Os Pirineus*, contién pocas alusions Victor d'os Pirineus aragoneses, u de cualesquiera d'os aspectos suyos. Ixo se debe á que o escritor francés fa o suyo camín, més que més, per os Pirineus ozidentals, ye dizir, per as tierras montañosas d'o País Basco e Nabarra. Á ixas demarcacions adedica a més gran parte d'as planas d'o libro, dende a suya dentrada per Biarritz e Bayona dica ra suya finalización en a buega que b'ha entre Nabarra e Aragón, d'an ya pasa dreito á comentar as tierras, os lugars e a chen d'o costato francés.

Ta alcanzar a bersán norte d'a cadena, á l'altaria d'o Mazizo de Marmorers, Hugo es puesto esnabesar per as inmediazions d'as bals d'Ansó, Echo e d'o ríu Aragón, alcanzando d'ixa forma o ríu Galligo como punto final antes de trescruzar a buega per os pasos tradizionalis, istoricos, de Buxaruelo u d'Ordesa, u bien per cualesquiera d'os que existen en cada una d'as bals –biers usuals de comunicazión d'un costato t'altro d'a cadena– ya zitados en tota ixa zona zentral de l'ueste aragonés. Ye berdat que ta alcanzar as ziudaz e tierras de Franzia per an que continua a narración –Cauterets, Luz–, ye més probable que trescruzás pasos no guaire lueñes d'o que agora ye Parque Nacional de Ordesa e a suya ária d'influyenzia, ye dizir, per o Puerto de Buxaruelo –paso més abitual, més prauticato e més prauticable– u per a Breca de Roldán.

Ixo explicaría que is á pegar ta Gabarnía e contás as eszelenzias, as inigualables composizions

naturals que ixé cantonet francés ficato chusto á l'altro cabo d'a bersán sur u aragonesa ufre á os güellos d'o espeutador, d'o besitador, d'os biachers de toz es tiempos. Ixe cabo á o que adedica as més afa-lagaderas parolas, os parrafos més bonicos, chustos e acobaltadors que nunca no se sigan escritos de Gabarnía. E, ta prebar-lo, sirban d'exemplo os siguiens escais:

“Talmén aigaz besitato os Alpes u os Andes; tenez dende fa bellas semanas os Pirineus baxo a buestra mirada; siga o que fues o que aigaz puesto biyer, o que agora atalayaz no se parex á cosa d'o que ez trobato en altra parte”.

(...)

Esmachinaz-tos ixa silueta manifica tal como amanex en primeras á una distancia de bellas tres leguas: una larga e escura muralla, totas as protuberanzias e toz es pliegues d'a cuala son marcatos per as línias d'a nieu e totas as plataformas d'a cuala contienen glaziars. Enta o zentro, dos grans torres; una cara ta l'este, cuadrata e embolicando un d'os suyos anglos enta Franzia; l'altra, cara ta l'ueste, como si no fues tanto una torre como un faxo de torretons; as dos zaboyatas de nieu. Ta ra dreita dos profundas tallatas, as brecas que se retallan en o paretón como dos gotez que as boiras aplenan. En zagueras, siempre t'a dreita e en o cabo estrimero ozidental, una mena de recantiello enorme plegato en mil graus, que muestra á ra bista, en proporziions monstrosas, o que se clamaría en arquiteutura a sezió d'un anfiteyatro”.

(...)

“En metat d'as curbas bruscas d'as montañas arizatas d'anglos obtusos e anglos acutos, aparexen bruscamén línias reutas, simplas, serenas, horizontals e berticals, paralelas u que se tallan en anglos reutos e combinatas de tal traza que d'o suyo conchunto resulta a fegura resplandexién, reyál, penetrata d'azul e de sol d'un ocheto imposible e extraordinario.

¿Ye una montaña? Pero ¿qué montaña ha presentato nunca ixas superfizies reutilinias, ixos planos regulars, ixos paralelismos rigurosos, ixas simetrías estrañas, ixé aspeuto cheometrico?

¿Ye una muralla? B'ha torres, en efeuto, que l'atarranchan e la refirman, b'ha almenas, zinglas, arquibrates, as fileras e as piedras que a güellada distingue e cuasi en podría contar; b'ha dos brecas tallatas á o bibo que despiertan en o esprito ideyas de sitios, trincheras, asaltos; pero b'ha tamién libels, amplas faxanas de nieu ficatas sobre ixas fileras, sobre ixas almenas, sobre ixos arquitrabes e sobre ixas torres. Semos en pleno berano e a meidía; son, doncas, nieus perpetuas. Agora bien, ¿qué

muralla, qué arquiteutura umana s'ha debantato nunca á libel d'as nieus perpetuas? Babel, o esfuerzo d'o chenero umano entero, s'esboldregó sobre ella mesma antes d'aber-lo alcanzato.

¿Qué ye pos ixé ocheto inesplicable que no puede pas estar una montaña e que tiene l'altaria d'as montañas, que no puede pas estar una muralla e que tiene a forma d'as murallas?"

Un parache que a suya contemplación produz as més notorias sensazions, sosprende á os güellos poco abezatos á contemplar tanta belleza e tan inigualables formazions chuntas. Ye, como diz o propio Hugo, "cualcosa completa, (...), grandiosa dica o inaudito, sebera dica o sublime". Tanta fue a maravilla que li produzió, que queda bien platera en o resumen que d'o puesto fa: "Ye de bez una montaña e una muralla: ye o edefizio més misterioso d'o més misterioso d'os arquiteutos; ye o *Colosseum* d'a naturaleza: ye Gabarnía".

Pero como s'ha comentato, ta plegar en iste unico parache que roza os territorios d'a comunitat aragonesa, abió de pasar per barios e diferens puestos d'a mesma, á pesar d'as escasas zitas u comentarios existens. En concreto, cuatro son as referenzias u anotazions que fa sobre diferens aspectos bisibles en aquels años en os Pirineus aragoneses. Dos d'ellas son unas curiosas, espresibas e agora zitas documentals sobre os rasgos, fesomía e bestuache d'os aragoneses que se podió trobar en ixé meyo montañoso d'os Pirineus.

Tiene parrafos que detallan: "un d'ixos rostros tanatos e torratos que no tienen edat; podeba tener bels trenta años, podeba tener-ne zinquenta. Per lo demés, diens bonicos, mirada biba e una ronrisa agradable, pos feba una riseta. Un cacherulo royo li zeñiba ra fren, á l'uso d'os arrieros aragoneses e pretaba sobre os suyos pulsos os suyos cabellos espesos e negros. Teneba a coroneta rasurata, una ampla capa blanca que li cubriba dende a barbata dica es chenullos, un calzón curto de bellut color oliba, pials de lana blanca con cochals negros, zapatos de cuerda e res més en os piez".

Chenerica e suzinta relazió d'un presonache de montaña de cualesquier costato d'os Pirineus, que se completa con ixa altra que parla d'una "Muller aragonesa. Rostro moreno. Cofia-toqueta d'una blancor resplandexién. Chaqueta d'ombre de bellut berde-bronze de mangas pretas. Faldón negro de tela, mil frunzes arredol d'a zentura. Meyas azuls recamatas"; u a més breu sobre una d'as prendas que s'usan en un cabo concreto d'os Pirineus aragoneses: "...un acoplador de montañés d'o puerto de Pandicosa".

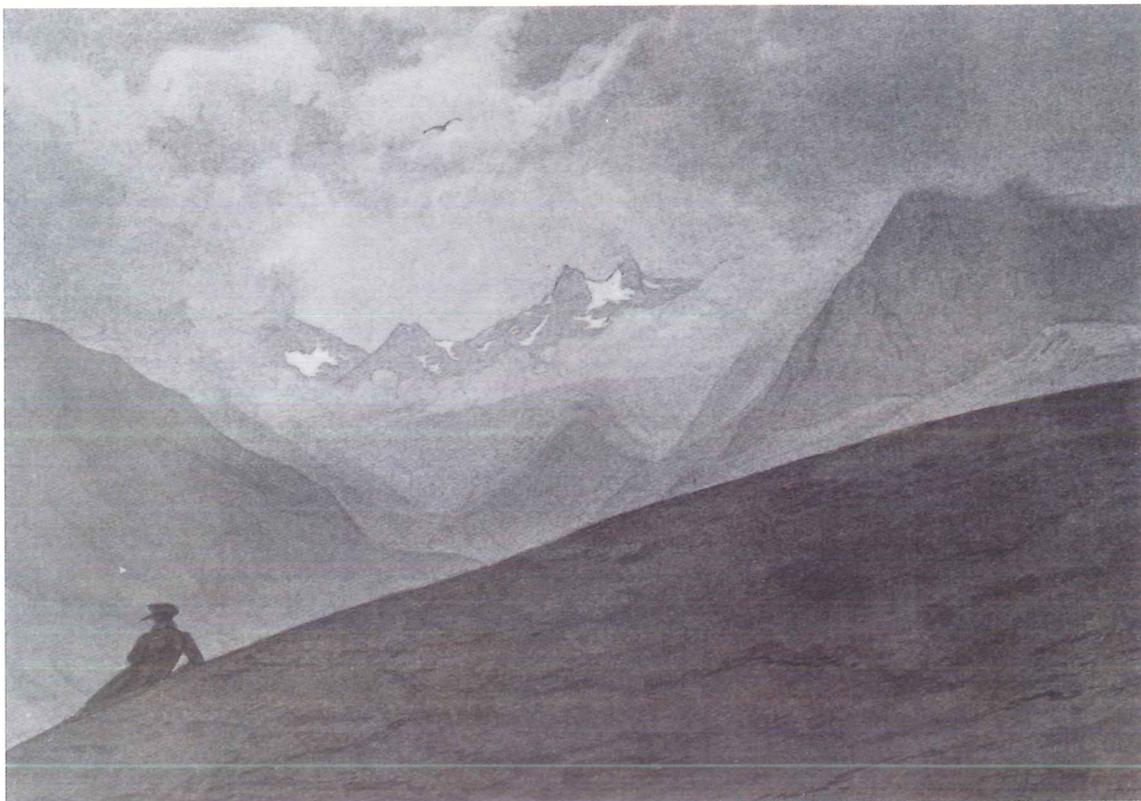
A zaguera alusión fa referenzia á unas d'as autibidaz d'antes més abituals como meyo de furnirse d'o que os pobladors d'ixas montañas mancaban, pero que lis caleba ta ra suya bida cutiana, como

ye a otenzi3n de produtos per meyo d'o estraperlo. Unas frases que contienen a dificultat, os risques e os periglos, asinas como es puestos e ziudaz que biyeban e trescruzaban, 3 os que se concaraban e contemplaban os que feban ixo tramemar de produtos e d'artularios de primer amenister ta ra soziedat e a forma de vida d'aquels momentos, de -dica, si fa u no fa- meyo sieglo: "Cuan es miquelez e os estraperlistas espa3nols arribaban d'Arag3n per a breca de Rold3n e per o negro e horrible bial de Gabarn3a, 3 escape atisbaban en o cabo d'a foz escura una gran claror, igual como ye a puerta d'una bodega ta os que son adintro. S'enantaban e trobaban un gran burgo iluminato per o sol e bibo. Asinas que 3 ixo burgo l'han clamato Luz".

Pero, encara que sigan escasas e breus, as referenzias aragonesas que ha dixato Victor Hugo son remarcables ta seguir escubriendo nuebos datos, de gran balura documental, sobre os Pirineus aragoneses. Uns parrafos, como a resta d'a obra, escritos con o gusto, a pasi3n, as sensazions e as bibenzias, que se i abocan siguiendo es postulatos romanticos d'a epoca e d'os que per ixos pagos pirinencos se i fico-ron. No ye perdem3s que Victor Hugo, per casar de traza tan cumplita con a definizi3n d'Henri Beraldi, merexca estar entre as feuras d'o pirine3simo, ye un d'os pirine3stas que han bisto e que han sentito as sosprendens posibilidaz e eszelenzias d'una d'as cadenas monta3osas m3s beroyas de l'ozid3n europeo: os Pirineus.

Bibliografía

- ACIN FANLO, José Luis, *Tras las huellas de Lucien Briet: Bellezas del Alto Aragón*, Zaragoza, Prames, 2000.
- BERALDI, Henri, *Cent ans aux Pyrénées*, 7 vol., Paris, 1898-1904. Nueva edición realizada por Amis du Musée Pyrénéen, Pau, 1977.
- FELIU, Marcos, *La conquista del Pirineo*, Bilbao, Sua, 1999.
- HUGO, Victor, *Los Pirineos*, Barcelona, José J. de Olañeta, colección Terra incognita, 2000.
- HUGO, Victor, *Oeuvres complètes*, 15 vol., Paris, Robert Laffont, collection Bouquins, 1987.
- LAURIBE, Maurice; McDONALD, Andy y SORBE, Didier, *Autour du Mont-Perdu: Franz Schrader, 1874-1876*, Pau, Editions du Pin à Crochets, colección Club des 602, 1996.
- LE BONDIDIER, Marguerite y BALENCIE, Gaston, *Catalogue illustré du Musée Pyrénéen du Château-fort de Lourdes*, 2 vol., Zaragoza, Instituto de Estudios Pirenaicos, colección Etnología, 1953.
- RAMOND DE CARBONNIERES, Louis-François-Elisabeth, *Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes-Pyrénées*, Genève, Slatkine, 1978.
- SAULE-SORBE, Hélène, *Pyrénées: voyage par les images*, Serres-Castet, Editions de Faucompret, 1993.
- SAULE-SORBE, Hélène (sous la direction d'), *Franz Schrader, 1844-1924: l'homme des paysages rares*, 2 vol., San Sebastián, Editions du Pin à Crochets, 1997.
- SAULE-SORBE, Hélène (sous la direction d'), *Pyrénées: voyages photographiques, de 1839 à nos jours*, Pau, Editions du Pin à Crochets, 1998.
- SCHRADER, Franz, *Etudes géographiques et excursions dans le massif du Mont-Perdu*, Pau, Editions du Pin à Crochets, colección Club des 602, edición facsímil de la de 1875, 1996.
- SCHRADER, F.; LEQUEUTRE, A. y BERALDI, H., *Autour du Mont-Perdu: trois récits*, Pau, Editions du Pin à Crochets, colección Club des 602, 1996.
- TELLO Y PARDO, José, *Los exploradores y el Alto Aragón*, Zaragoza, Tip. Ediciones Aragonesas, 1916.
- TERRANCLE, Philippe y otros, *150 ans de photographie aux Pyrénées*, hors-serie n.º. 19 de *Pyrénées Magazine*, Toulouse, Milan Presse, 1998.



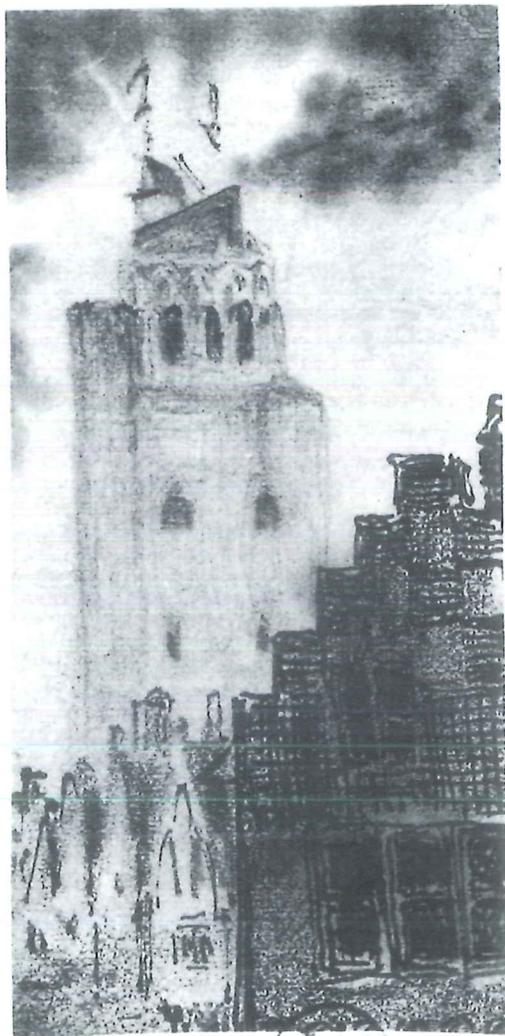
Eugene Viollet-Le-Luc.
Vista del fondo del Valle de Azun.
Tomada desde la montaña Pourgues
(sobre Arrens). 11 julio de 1833.
Aguada parda, gris y gouache sobre
papel gris azulado de 20'2 x 20'7 cm.
Colección particular, París.



Victor Hugo.
Lago de Gaube. 1843.
Dibujo a lápiz.
Bibliothèque Nationale, París.



Victor Hugo.
*Dibujos de habitantes del Pirineo,
posiblemente aragoneses.*



Tom. 1. 1^o Mich. Burdeos.

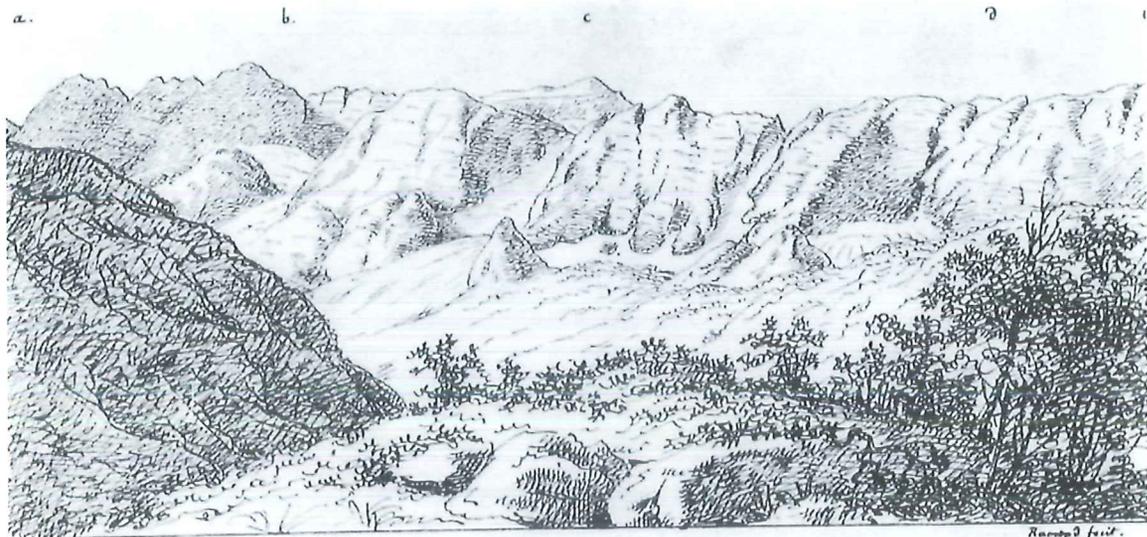
Victor Hugo.
Ilustración de Burdeos.



à Charente le 26 juillet. 2 h. après midi



Victor Hugo.
Ilustración de Bayona.

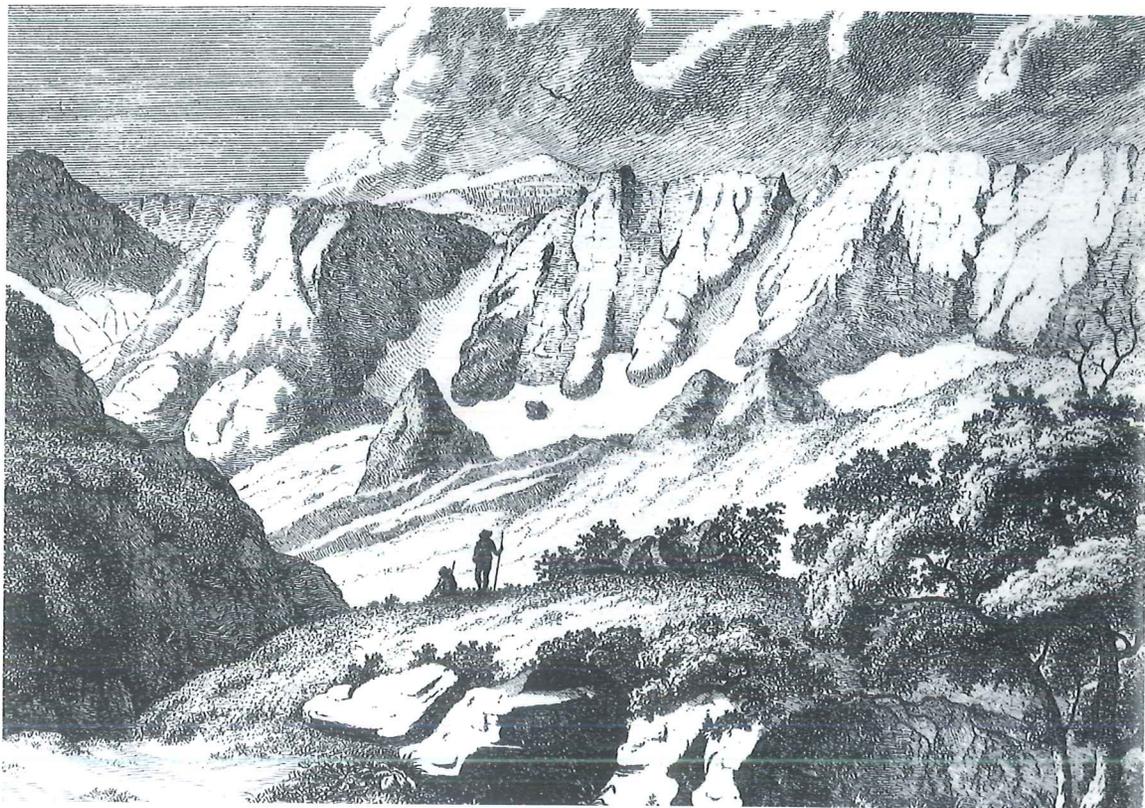


Vue du fonds de la Vallée d'Estaubé

- a. le port de Pinède.
 b. un glacier au-dessus des montagnes.
 c. le Montpeidu vu derrière les montagnes d'Estaubé et au-dessus du couloir de glace par où on la aborde.
 d. la cime du Cilindre vu par dessus les murailles d'Estaubé, et au pied de ces murailles un glacier.
 e. le Sommet du marboré du revers duquel tombe la cascade de Gavarnie.

(M.P.)

Ramond de Carbonnières.
 Vista del fondo del Valle de Estaubé.
 Dibujo a pluma, 21 x 27,3 cm.
 Musée Pyrénéen, Lourdes.



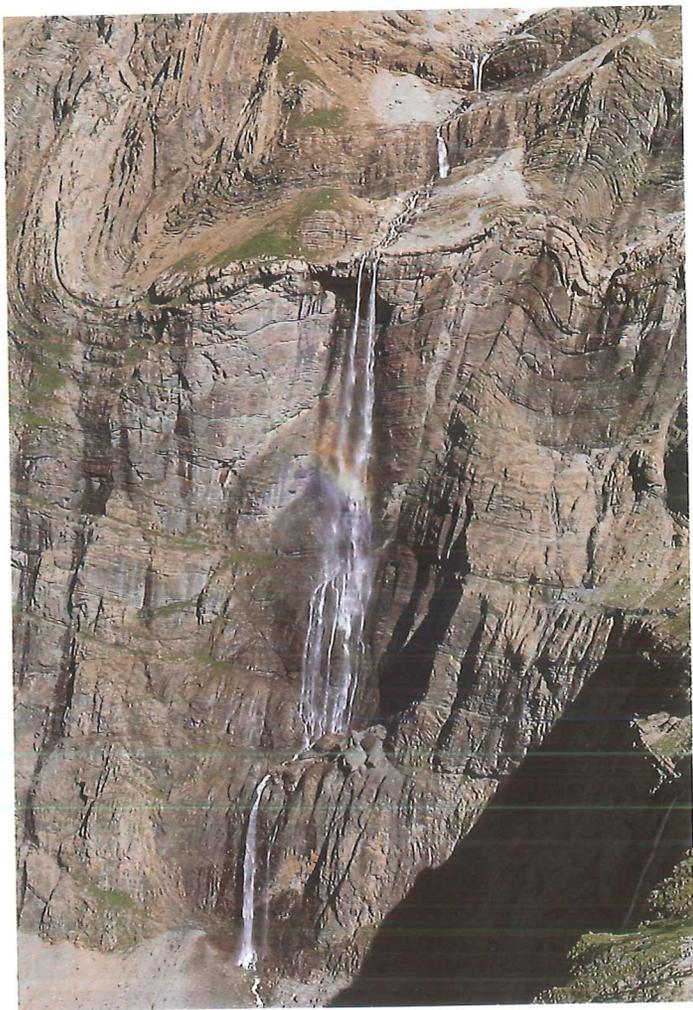
Ramond de Carbonnières.
*Vista de Monte Perdido desde el Valle
de Estaubé.*
Dibujado y grabado por él mismo al
aguafuerte.
Musée Pyrénéen, Lourdes.



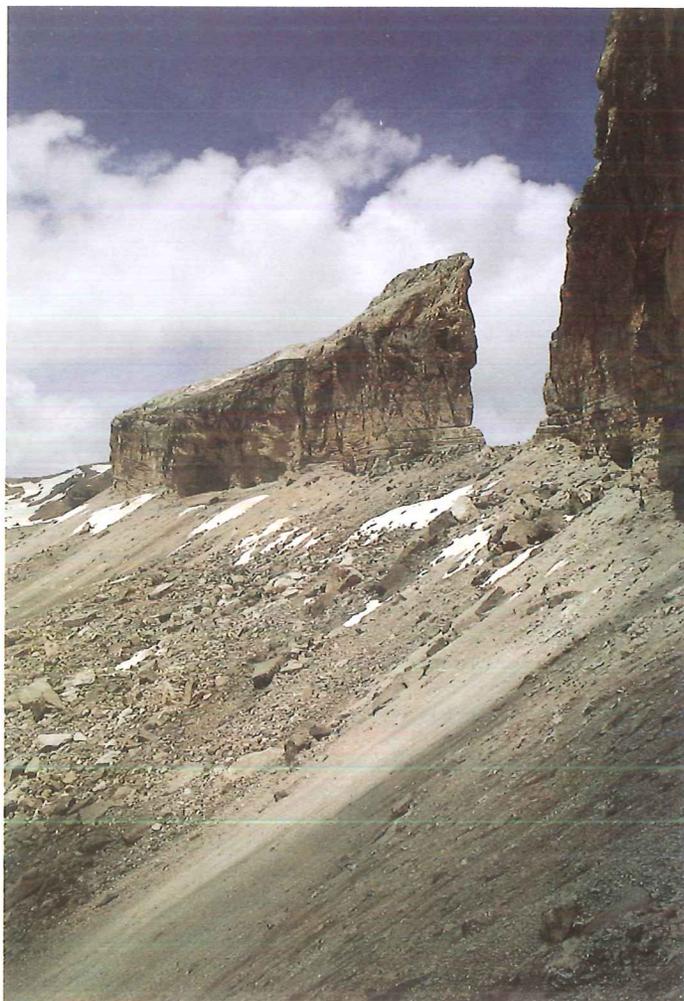
Franz Schrader.
Monte Perdido desde las crestas del
Circo de Troumouse, 1879.
Acuarela, 55'5 x 87 cm.
Musée Pyrénéen, Lourdes.



Circo de Gavarnie.
Agosto de 1997.
Foto de José Luis Acín.



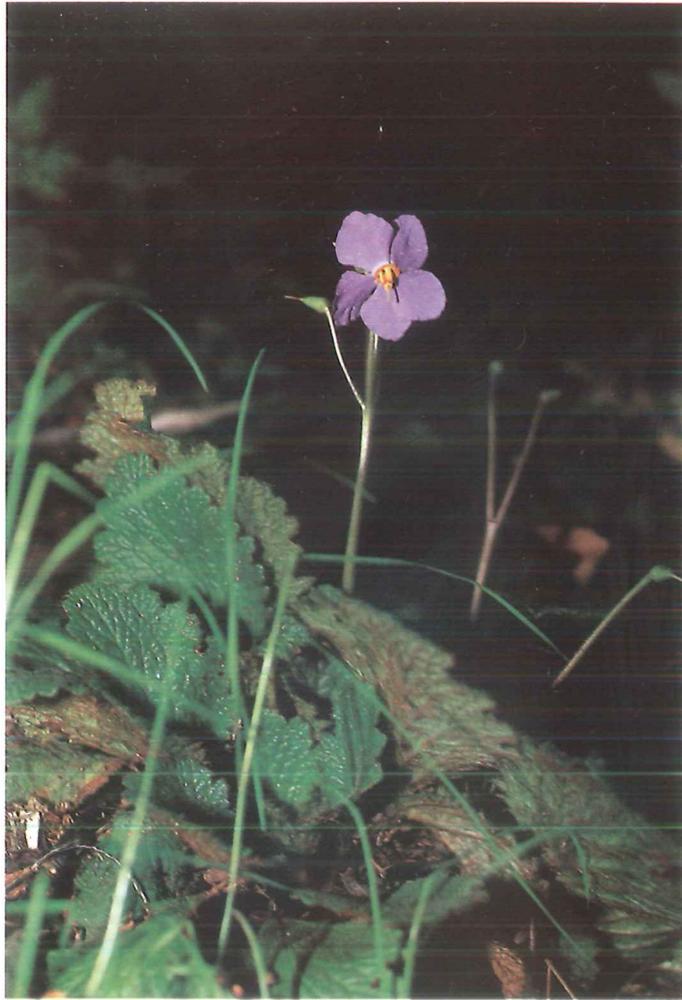
Cascada de Gavarnie.
Agosto de 1997.
Foto de José Luis Acín.



Brecha de Roldán.
Julio de 1997.
Foto de José Luis Acín.



Ordesa.
Junio de 1999.
Foto de José Luis Acín.



Oreja de Oso (Ramonda myconi).
Septiembre de 2001.
Foto de José Luis Acín.



Los pirineístas y Victor Hugo

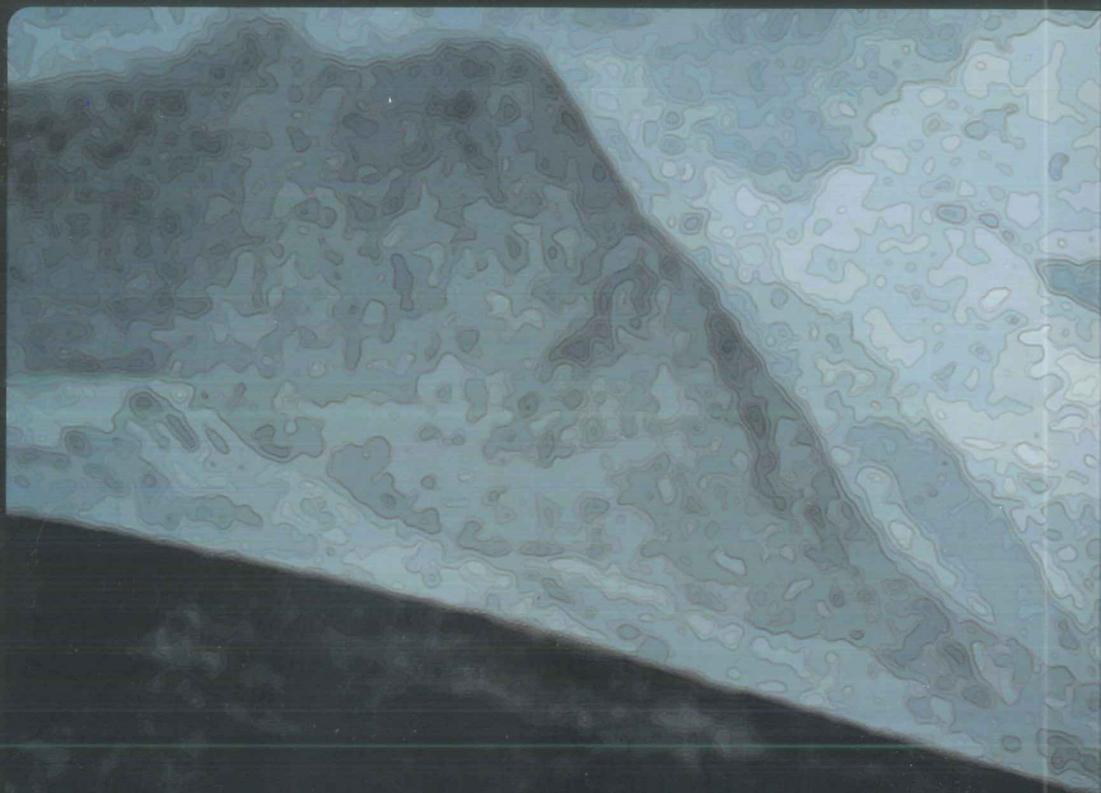
Se imprimió en junio de 2002,
año en que se cumple el bicentenario del nacimiento de Victor Hugo
y de la primera ascensión a la cumbre de Monte Perdido / Treserols.



Bicentenario

VICTOR HUGO

En el verano de 1843 Victor Hugo emprendía un viaje a los Pirineos. Las notas de su trayecto por esta cadena dieron lugar a la obra *Los Pirineos*, un texto que une al autor con el pirineísmo, movimiento iniciado por Ramond de Carbonnières. Estas páginas son un acercamiento al recorrido hecho por Victor Hugo, con una atención especial a Aragón y los pirineístas.



Colabora:

Institut FRANÇAIS
ARAGONAIS

Edita:


DIPUTACION DE ZARAGOZA
CULTURA, TURISMO Y DEPORTE